



SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE

---

MEMORIA  
CORRESPONDIENTE AL AÑO  
DE  
1892



Imp. y Lit. de la VIUDA É HIJOS DE MUÑOZ.  
HUELVA.

## TEMA 4.º

---

ESTUDIO ACERCA DE LA POBLACIÓN DE AMÉRICA EN GENERAL,  
EXPRESANDO LAS INMIGRACIONES  
Y CAMBIOS OPERADOS EN LA MISMA DESDE LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS  
HASTA LA LLEGADA DE COLÓN Á DICHO CONTINENTE.

---

1892

poéticas Antillas y Groenlandia, de ignorados confines la última, de siniestras montañas, de riberas maltratadas por un mar siempre airado, envuelta en tupidas nieblas y donde la aurora boreal ilumina desiertos de hielo.

Suele darse el nombre de América Central al territorio en que están las cinco repúblicas de Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, territorio que, juntamente con el S. de Méjico y el NO. de la Colombia, forma un istmo de más de 2.000 kilómetros, desde el NO. hasta el SE., y comprende varios menores. En rigor no se puede afirmar exactamente dónde acaba la América del Norte y principia la del Sur: línea divisoria muy natural, en sentido geológico, sería el istmo de Tehuantepec.<sup>(1)</sup>

Tres importantísimas ventajas posee el Nuevo Mundo respecto al Asia y al África, pues no encierra tan vastos desiertos como ellas, los cuales, además de estorbar las comunicaciones, originan terribles calores; está admirablemente regado por numerosos ríos, algunos de más extensión y caudal que los suyos, proporcionando al comercio facilidades inapreciables; también redundaba en provecho del tráfico la circunstancia de que ninguna de sus partes se halla tan lejos del mar como los países centrales de los mencionados continentes. Lo mismo que el Antiguo Mundo, tiene el Nuevo la mayor porción de sus tierras en el hemisferio boreal. La zona templada, la más favorable al desarrollo industrial y á la población, ocupa la más considerable parte de la América Septentrional. Está erizada de volcanes la costa occidental americana, al revés de la contrapuesta, excepto en las Antillas. Según la *Enciclopedia Británica*,<sup>(2)</sup> en 3.900.000 millas cuadradas, inglesas, se han calculado las tierras americanas inútiles, y en 10.000.000 las que, debidamente cultivadas, podrían mantener el asombroso número de 3.600.000.000 de habitantes!

Si grandes cambios han alterado los contornos de ambas Américas, mayores alteraciones han sufrido sus istmos é islas. La distribución de las especies de moluscos en las Antillas revela que en un tiempo estaban unidas las Lucayas, Haití, Cuba, Méjico y la América Central.<sup>(3)</sup> Isla extensa fué la península de Míchigan; en su configuración manifiestan el lago Champlain y otros que antes formaban golfos como los *ffjords* noruegos; cauces de ventisqueros debieron ser el San Lo-

(1) E. Reclus, *Nouvelle Géographie universelle*, t. xv, p. 51-52.

(2) Véase el artículo *América* en la *Enciclopedia Británica*, 9<sup>a</sup> edición.

(3) Reclus, obra citada.

renzo y el Saguenay.<sup>(1)</sup> En época bien remota se comunicaban libremente el Atlántico y el Pacífico. Se conjetura que en el período eoceno era el Brasil una grande isla; mar, las cuencas del Plata y del Amazonas; fracción de un continente hoy sumergido, la Patagonia; archipiélago, la América del Norte, que, desde el tiempo del mammoth, conserva poco más ó menos su forma presente y tal vez sea la más antigua de las masas continentales. Á una profundidad menor de 700 metros une á Groenlandia con Escocia un istmo submarino. Vista la mucha semejanza entre las rocas del Labrador, Groenlandia y los archipiélagos del Norte y Noruega, justificadamente se ha pensado que por allí estuvieron unidos entrambos mundos. «En muchos conceptos—dice »Reclus,—sobre todo por su relieve, la forma y disposición de su litoral, »merece más bien América el nombre de continente oriental: hállese »al E. del Antiguo Mundo, con el cual se enlaza por medio de las islas, »penínsulas, bajíos y hielos de Behring.» Opina el mismo sabio que, bajo el punto de vista histórico, es América, en sentido no escaso, una dependencia del Asia, y debe, por lo tanto, considerarse tierra del Oriente. De ser así, resultaría en extremo realzado Colón, pues su descubrimiento perdería el defecto de casual. Sin embargo, ha de confesarse que reúne América sobrados caracteres especiales para constituir continente distinto.

Del siglo xv á la fecha, en ella se están verificando alteraciones físicas muy importantes: desde el mar de Baffin á la Florida vienen deprimiéndose las costas, desapareciendo promontorios, internándose, modificándose, el litoral; hoy cubren las aguas del océano sitios sombreados por selvas anteriormente; se van alzando las orillas de Colombia, Venezuela y las Guayanas, mientras en el Brasil se elevan unas y descienden otras. Ya no son tributarios del Amazonas los ríos Itapicuru y Parahibo y han comenzado otros á seguir su ejemplo; adquieren más altura las Pampas, antiguamente anegadas. En una extensión de más de 4.000 kilómetros se ha levantado considerablemente el Oeste de la América Meridional, siendo más visible el fenómeno al pié de los Andes. Tres metros veinte centímetros ha subido en 17 años el suelo de Valparaíso, al decir de Darwin<sup>(2)</sup>

Sumamente crudo es el clima en el N. del Nuevo Mundo: entre ocho y diez meses dura en Groenlandia el invierno, que hace estallar

---

(1) Reclus, obra citada.

(2) Véase el artículo *América* en el *Diccionario Enciclopédico* publicado en Barcelona por los Sres. Montaner y Simón.

con aterrador estruendo las rocas y las montañas de hielo; desata furiosísimas tempestades, y desde el 25 de noviembre al 15 de enero próximamente, reemplaza al sol con la luna ó las auroras boreales. Con latitud igual á la de Francia, es mucho más frío el Canadá; adviértese en los Estados Unidos variedad de climas, puez el del N. es análogo al de la Europa Septentrional: son muy calientes los veranos y rigurosos los inviernos en las costas del Atlántico y no escasa porción del interior; en el S. molesta excesivamente el calor. Sucede lo último, agravado por enfermedades, cerca del litoral en Méjico; pero hacia adentro se goza de benigna temperatura, gracias á la elevación del territorio, que neutraliza el inconveniente de que pertenezca á la zona tórrida parte del país. En las llanuras y valles profundos de la América Central abruma el calor; no así en las faldas de las montañas y las mesetas, favorecidas con muy agradable temperamento. Las tres cuartas partes de la América Meridional, ó sean 13.560.000 kilómetros cuadrados, corresponden á la zona tórrida; 4.400.000 á la templada. En Colombia hay dos estaciones secas y otras tantas lluviosas; en las regiones altas es sano y templado el clima; insalubre y cálido á orillas del mar y en algunos valles; glacial en las cumbres de los Andes; reina interminable primavera en varios distritos regados por el Cauca y el Magdalena. Siéntese calor en Venezuela, como sucede en los lugares bajos del Ecuador; combínanse en las Guayanas los vientos alisios, las brisas marinas, las selvas y las corrientes de agua para suavizar la temperatura; ésta es deliciosa en el centro y S. del Brasil, pero abrasante y malsana en el N., donde existen vastas llanuras pantanosas; de templado clima disfruta el Uruguay; en su vecino el Paraguay pecan de calurosos y húmedos los llanos, anualmente inundados, cuando las lluvias hacen desbordar los ríos; aquéllas no favorecen nunca en el Perú la dilatada zona que media entre los Andes y el Pacífico, pero es abundantísimo el rocío y juntamente refrescan la atmósfera las brisas del mar y el viento que sopla de las Cordilleras. Allí no hay vegetación, sino en los lugares bañados por torrentes; son muy sanos los valles de las comarcas montañosas; en los bolivianos de igual naturaleza, se alcanzan nueve meses de limpio cielo y suave temperatura; hasta la elevación de 3.000 metros es templado el clima del país; á la de 4.500 ó 5.000 empiezan las nieves perpetuas. Bien grato y saludable es el verano de Chile, el cual principia en diciembre. Desmintiendo su nombre, merece el calificativo de fría la Tierra de Fuego, conjunto de islas estériles y montañosas. En general la temperatura media de América es inferior á la del

Antiguo Mundo, particularmente de Europa; en el clima de aquella influyen mucho los Andes, la Sierra Madre, la cordillera de Anahuac y las Montañas Peñascosas.

Rasgo sublime del continente americano son los Andes, únicamente inferiores á la cordillera de Himalaya, y que desde el cabo Froward á Panamá, en una extensión de 7.840 kilómetros, oponen á las invasiones del Pacífico barrera insuperable. Geólogos han concebido el tiempo en que no existían y aquél en que, gracias principalmente á sucesivas estratificaciones, fueron alzándose del seno de las aguas hasta conseguir la altura media de 3.343 á 3.638 metros. Entre los grados 19 y 20 de latitud S. miden un ancho de 992 kilómetros y solamente de 192 en la parte meridional de Chile. Por sus ramificaciones se distinguen de sus demás similares en el globo y ocupan una superficie de 6.000.000 de kilómetros cuadrados, dejando 11.750.000 á las mesetas y llanuras. Si con sus cumbres eternamente nevadas—en las cuales rujen temerosas tormentas,—con sus volcanes, sus valles fértiles y salubres, sus contrastes de magníficas selvas y aridez, sus incomparables panoramas, ofrecen á la admiración el pábulo más copioso, guardan á la industria y á la especulación los más productivos veneros de metales útiles ó de lujo, así como pedrería. No deben olvidarse gargantas suyas tan notables como la de Cumbre, cerca del Aconcagua, y la de Portillo, no lejos de Maipo; á 3.800 metros sube la primera; á 4.200 la segunda. En sus mesetas hallan los ganados rico pasto y bullen pueblos y ciudades populosas: es la más alta la de Pasto, en Colombia; la de Potosí, llamada también de Perú y Bolivia, abarca una superficie de 100.000 kilómetros cuadrados y tiene una altura que varía entre 3.600 y 4.000 metros: á la de 3.900, abre hueco al vasto lago de Titicaca ó Puno, de amarguísimas aguas, fangosas en muchos lugares, y en cuya isla de aquel nombre supuso haber recibido de la Divinidad su misión Manco Capac, civilizador del Perú en el duodécimo siglo. Crecido número de volcanes sumamente notables completan la grandiosidad de los Andes: basta citar el Aconcagua, que mide 6.880 metros de altura; el majestuoso Cayambe, cuya cima roza la línea equinoccial; el Chimborazo, el Cotopaxi, cuyos bramidos retumban á la distancia de 200 kilómetros, el Pichincha, el Antisana, el Coquimbo, que encierra abundante mina de plata. Consecuencia de esos y otros volcanes son extensísimos y asoladores terremotos, en los cuales más de una vez ha devorado la tierra pueblos enteros, como á un buque el océano enfurecido.

Son los Andes parte principal de la serie de montañas que divide,

en dos vertientes el Nuevo Mundo; la Sierra Madre, en la América Central, tiene cumbres que pasan de 5.000 metros y, por lo menos, 35 volcanes, varios todavía funestos y activos. Sigue la doble cordillera mejicana, donde figura el valle de Méjico, ceñido por montes encumbradísimos, entre ellos, el volcán Popocatepetl, no el único de país tan pintoresco y admirable. Concluye la serie en las Montañas Peñascosas, que, desde las fuentes del Missouri hasta la boca del Mackenzie, ocupan un espacio de 3.500 kilómetros próximamente y se ramifican mucho. Albergan bisontes, carneros de grandes cuernos, enormes y fieros osos grises. Contienen muy fértiles valles, así como una sorprendente región de 9.500 kilómetros, donde hace la naturaleza un alarde de fantasía, y que hoy se designa en los Estados Unidos con el nombre de *Parque nacional de Yellowstone*, reservado por el Gobierno al estudio de los hombres científicos y á la curiosidad de los profanos. Es una meseta volcánica, de 2.300 á 2.600 metros de altura, diversificada por vallecitos, por aislados, redondos y nevosos montes, que llegan á 3.700 metros de elevación, y hondísimas gargantas. Allí volcanes de cieno arrojan una sustancia ardiente, viscosa y rosada; abunda el suelo en ágata, corindon, malaquita, sardónica, amatista; 71 tibios ó hirvientes surtidores, ya verdes, ya rojos, ya blancos, ya azules, por reflejo, saltan á 80 y aun 350 metros de altura entre vapores, con penetrantes silbos, con detonaciones de rayo; dilátase el lago Yellowstone en una cuenca de 337 kilómetros cuadrados, al pié del monte Washburne, y maravilla con grutas de cristal; de él sale por un desfiladero de tremendos paredones el río del mismo nombre, formando cascadas bellísimas; se abren hasta 10.000 bocas de efusión; la fuente llamada *Montaña blanca* se remonta á 60 metros y cae en superpuestos tazones naturales, que adornan franjas de incrustaciones.<sup>(1)</sup>

Por el N. con las Montañas Peñascosas y por el S. con la Sierra Nevada, se enlazan los montes que derivan su nombre de las numerosas cascadas que les dan atractivo: tanto ellos como la Sierra Nevada, atesoran plata y oro. Hacia el oriente de los Estados Unidos ofrecen los Alleghanies ó Apalaches depósitos inmensos de antracita y carbón bituminoso, aparte de yeso, mineral de hierro, mármol, sal, exuberancia de plantas diversas y riqueza forestal.

América tiene desiertos, como el de Colorado, el de Utah, el de

---

(1) Véase el artículo *Yellowstone* en el segundo suplemento á la enciclopedia de Larousse.

Atacama, el Llano Estacado, el Bolsón de Mapimi; suelen estar en el O., porque las Montañas Peñascosas y los Andes niegan paso á los vientos pluviosos. Fácilmente llegan éstos á las llanuras, regadas profusamente por multitud de ríos casi todas y donde los aluviones producidos por las lluvias mantienen fertilidad extraordinaria.

Sobrepaja el Nuevo Mundo al Antiguo en el número y la magnitud de sus ríos: mayor caudal que los ocho principales del Asia posee el Amazonas, renuente feudatario del Atlántico; todos los de Europa, grandes y menores, no suministran á la navegación tantos medios como el Mississipi, el cual atraviesa con sus afluentes una cuenca de 3.250.000 kilómetros cuadrados, originando una red de vías fluviales, cuyo largo total pasa de 32.000. Inferiores á los mencionados, pero muy importantes son el San Lorenzo, el Orinoco, el Plata. No solamente superan en caudal y extensión los ríos americanos á los del Antiguo Mundo, sino que brindan con la preciosa ventaja de penetrar á lo más interno del continente: quien viva al pié oriental de los Andes, á 2 000 millas del Atlántico directamente, puede trasladarse á éste en 45 días sin tocar tierra. Brazos del Amazonas y del Plata canalizan los más recónditos parajes de la América Meridional. Calcula un autor que por esos ríos y el Mississipi se hará dentro de dos ó tres siglos un comercio interior nunca visto en el mundo.<sup>(1)</sup> Según Mr. Andrés Carnegie, un vapor que, partiendo de Pittsburgh (Pennsylvania), navegase por todas las corrientes de los Estados Unidos y volviese á la expresada ciudad, recorrería distancia superior á la circunferencia del globo.<sup>(2)</sup> Ni en América ni en el resto del mundo, ningun río de primera magnitud corre hacia el Occidente.—No es dable olvidar entre las magnificencias de la naturaleza americana la catarata que produce el río Niágara precipitando en insondable abismo, desde una altura de 45 á 50 metros, una mole de agua que representa unas 90.000 toneladas por segundo. Á la distancia de cien kilómetros es perceptible la perenne niebla de partículas acuosas ocasionada por la violencia, por el tumulto de aquellas tonantes olas. No tan célebre, pero soberbia, es la catarata de Tequendama, en que el río Funza ó Bogotá cae desde una altura de 145 metros.

Ya bajo el punto de vista utilitario, ya bajo el pintoresco, hacen en América papel brillante los lagos, descollando, con su perímetro de unos 2.200 kilómetros, el Superior, de aguas limpias, dulces y por

---

(1) *Enciclopedia Británica*, artículo *América*.

(2) *Le triomphe de la démocratie*, p. 12.

extremo turbulentas y que, juntamente con el Michigan y otros, contribuye al activísimo y vasto comercio interior de los Estados Unidos, los cuales poseen en sus lagos, según Mr. Carnegie, un tercio del agua dulce existente en el mundo. En el Utah, el lago Salado excede al mar en el sabor de sus aguas; el de Nicaragua, de hermosas islas y riberas, quizá permita realizar pronto, por medio de un canal, la trascendental comunicación entre el Atlántico y el Pacífico; en las noches de verano, vagan fantásticamente por el de Maracaibo luces engendradas por los vapores bituminosos que flotan sobre sus ondas él inflama el calor, luces que en el país denominan *Linternas de Maracaibo*.

111 Son prodigiosas las riquezas minerales de América, según lo atestiguan el oro de Sierra Nevada, California, Perú, Bolivia, Brasil; la plata de los Andes, Méjico, Sierra Nevada y California; el mercurio y platino de la última; el hierro del Canadá y de los Apalaches; el cobre de las márgenes septentrionales y orientales del lago Superior, Cuba, Chile; el plomo de Wisconsin, Illinois, América Central, etc.; el estaño del Canadá y Méjico; los distritos carboníferos de los Estados Unidos suman 190.000 millas cuadradas ó veinte veces más que los europeos;<sup>(1)</sup> hasta enero de 1884, exportó aquella nación petróleo y productos de éste por valor de más de 625.000.000 de pesos; favorecida por el cielo con gas natural, á fines industriales dedica diariamente en Pittsburgh y sus cercanías, como 2.000.000 de metros cúbicos del expresado fluido; entre las riquezas del Brasil se cuentan puro cristal de roca, granates, amatistas, ópalos, topacios, rubíes, esmeraldas, zafiros, diamantes; sal gema, valiosos metales, pedrería, ofrecen las minas de Colombia ó Nueva Granada.

111 Si algún error de Colón debe disculparse fácilmente, es el de haber supuesto en América el paraíso terrenal: entre las innumerables plantas, arbustos ó árboles que allí crecen con sorprendente lozanía y sirven para el sustento, el deleite, la curación de enfermedades, la ebanistería, la construcción naval ó terrestre, figuran el maíz, la patata, — bendición del proletario, — el agave, la zarzaparrilla, el tabaco, la piña, el mate, la coca, la yuca, el algodónero, la hevea, el cacao, el zapoté, el tulsífero, la magnolia, el quino, el copaiba, el férreo quiebra-hacha, el pino, el cedro, el caobo, el petrificable jiquí, el ácana incorruptible, el resistente júcaro, el palisandro, el duro y hermoso granadillo, los cuatro tintóreos brasil, achiote, launa y simi-

---

(1) *Enciclopedia Británica*, artículo citado.

ra, el cocotero, la palma, de suma belleza, numerosas especies y aplicaciones. Lo mismo que los vegetales indígenas, prosperan en muchas regiones los exóticos, á saber, el cafeto, la caña de azúcar, el trigo, la vid, el naranjo, el plátano, el peral, el manzano y otros. En 1880 produjeron los Estados Unidos 625.000 000 de hectólitros de maíz, 170.000 000 de trigo y 155.000 000 de avena y exportaron algodón por valor de 220.000.000 de pesos. Distínguese California por lo gigantesco de sus árboles, pues miden algunos hasta 150 metros de altura. Extraordinario desarrollo adquieren allí las plantas europeas. Casi dos tercios de la América Meridional están cubiertos por selvas de asombrosa elevación. En la cuenca del Amazonas admírase vegetación variadísima y vigorosa; especial la tiene en sus riberas cada importante río brasileño. En la provincia de Marañón, extendiéndose desde las orillas de los charcos las raíces, yerbas y otras plantas, forman tales puentes, que los pisa el viajero creyendo hollar tierra firme y únicamente le advierte su error el hocico de algún caimán, asomando por entre el follaje. Críanse en el Paraguay plantas acuáticas tan pujantes, que impiden navegar por ríos anchos y profundos. Se han enriquecido los jardines europeos con la efímera de Virginia, la aristoloquia sifón, la azalea, bignonia, dalia, tigridia, floxia, el martagón del Canadá.

En la época de su descubrimiento, América no poseía cuadrúpedos comparables con el elefante, el rinoceronte ó la girafa. Existían tres especies de osos, entre ellas la polar, el caribú, el orenac, el jaguar, análogo al tigre, los bisontes, á veces reunidos en manadas de más de 10.000, el cugar ó puma, llamado león americano, aunque más se parece á la pantera, el llama, sustituto del camello, tanto zoológicamente como por sus servicios, y cuyas variedades, la alpaca y la vicuña, son preciadas por su pelo y lana, respectivamente; el tapir, mezcla de cerdo y asno, el supuesto perro mudo de Cuba ó *procyon loior*, el gato-tigre, la tímida y fecunda hutía, el lindo curiel, semejante á conejo, el almiquí ó tacuache, monos menores que los del Antiguo Mundo, el oposum, la chinchilla, de piel estimada, el admirabilísimo castor.

En la América Septentrional hay como 700 especies de aves descritas; pasan de 2.300 en la Meridional. Rey de sus nevadas cumbres es el condor, gran buitro de plumaje negro y que tiene como un semicollar muy blanco; por los desiertos peruanos, chilenos y patagones corre el nandú, como por la colonia del Cabo su similar el avestruz; multitud de aves acuáticas suministran fecundante guano

á la agricultura; por su enorme pico y pintadas plumas, llama la atención el tucan; con sus gritos atruenan los bosques bandadas de papagayos; cautiva con sus gorgeos el imitador sinsonte; con sus colores, el guatíní ó tocororo; finge campanadas el campanero, así como trompetazos el agamí; pesca en las riberas el encendido flamenco; pompéase el guacamayo; parecen piochas de pedrería los colibríes. De Méjico recibió Europa el succulento pavo y el pato almizclado.

Inmenso número de peces, con formas variadísimas, á menudo con ricos tintes, puebla las aguas suramericanas: de 1.800 á 2.000 especies contiene el Amazonas, según Agassiz. Por su fauna ictiológica, las aguas de la América Septentrional semejan á las de Europa y Asia. En ríos y mares americanos sorprende con sacudidas eléctricas el gimnoto; en el océano acecha víctimas el tiburón; en el banco de Terranova es objeto de lucrativa pesca el bacalao; frecuenta el manatí las Antillas.

Abundan en el Nuevo Mundo los cocodrilos y caimanes, los que- lonios, las iguanas, que proporcionaban á los indios manjar preciadísimo, las serpientes, entre las cuales son famosas por su veneno la de cascabel, la cuaima y la trigonocéfala, así como la boa, por su tamaño de 15 metros, á veces, y por su potencia de constricción.

Infinidad de insectos bulle en aquella atmósfera y aquel suelo, atestiguando increíble derroche de vida, hechuras y colores: allí se contemplan enormes mariposas de alas deslumbrantes, la valiosa cochinilla, el cocuyo, de luz sidérea y copiosa, monstruosas arañas, hormigas que viajan en legión, devastando comarcas enteras, escorpiones muy ponzoñosos.

En las remotas edades prehistóricas, cuando, al soplo de la brisa, magníficos bosques de arces, magnolias, robles, murmuraban en Groenlandia, hoy tan lúgubre, mansión casi perenne del más desolado invierno, habitaban en América descomunales bestias, como atestiguan restos de muchas, hallados en los *Terrenos malos* (*Bad Lands*) de Nebraska, Wyoming, Dakota, Utah y Kansas, terrenos formados por aluviones de ríos, al desaguar en inmensos lagos que ya no existen. Sustituyendo al que, hace miles de años, extendíase entre la cordillera Peñascosa y el monte Wahsatch, levántanse actualmente, á 3.200 metros de altura, masas de sedimentos que, surcados por las lluvias, por pasajeras corrientes, hijas del deshielo, han llegado á formar el más intrincado y fantástico laberinto de eminencias, barrancos, llanuras, gargantas, donde finge la naturaleza murallas, campa-

mentos, castillos feudales, desmoronadas ciudades. Enrarecido el aire, engendra singulares espejismos; allí faltan vegetación y agua; reina durante el día calor sofocante y por la noche frío gracial. Superando graves obstáculos y peligros, los sabios March, Cope y otros descubrieron en tan notable soledad tesoros de Paleontología; además de conchas, escamas y dientes de peces, caracoles, hallaron huesos aislados y esqueletos de animales extraordinarios, cuyas especies desaparecieron desde remotísimas centurias.

Conoció América tortugas de cinco metros de largo, el *glyptodon*, de unos tres, y cuyo carapacho sirvió de habitación á veces al hombre prehistórico; el *machairodus neogæus*, gato montés armado con dos enormes colmillos dentellados; varias especies de caballos, como el *phenacodus*, con cinco dedos en lugar de casco; el *eohippus*, con cuatro y el embrión de otro en las manos y tres en las patas; el *orohippus*, con iguales circunstancias, menos el quinto dedo rudimental. En otras especies fué disminuyendo el número de dedos hasta parar en el casco actual. Abundaron los mastodontes, siendo de diez metros su máxima longitud. El *dinocerátido*, parecido al elefante en tamaño y figura, tenía seis pares de astas: uno en la nariz, otro junto al nacimiento de sus disformes colmillos y el último en el testuz. Eran los *pterodáctilos* unos enormes lagartos voladores; los *elasmosaurios*, voraces pescadores, alcanzaban un largo de 17 metros; el *diploco* y el *brontosaurio*, ambos de figura extraña, el de 16; el de 25 el *pythomorfo*, con hechura de pez y serpiente y cuatro hileras de dientes; el de 30 los horribles *monosaurios*, de los cuales se han hallado en el estado de Kansas 36 especies; el de 36, con el volumen de una casa bastante grande,<sup>(1)</sup> el *atlantosaurus immanis*.

---

(1) Véase la obra *América* de Mr. Rodolfo Cronau.



# CAPÍTULO I

---

## HIPÓTESIS.

### TIEMPOS PREHISTÓRICOS DEL NUEVO MUNDO.

---

Aunque el origen de los indios sea insoluble problema, lejos de arredrarse, eruditos y sabios han aglomerado las hipótesis más aventuradas, absurdas á veces, engendrando confusión indecible. Además de los monogenistas y los poligenistas han intervenido en la cuestión los partidarios de emigraciones chinas, fenicias, troyanas, hebreas, egipcias ó griegas. Con la ilusoria esperanza de allegar pruebas de haber sido colonizada Méjico por israelitas, reunió lord Kingsborough series de geroglíficos aztecas con sus interpretaciones, y, gastando caudal enorme, las publicó en Londres con extraordinario lujo. Identificando á los naturales del Nuevo Mundo con los tirios y judíos, dió á luz Jorge Jones una obra extensa. Fúndase principalmente el dogma de los mormones en la creencia de haberse establecido en América, muchos siglos antes de nuestra era, descendientes de Jacob. En opinión de Mr. Brasseur de Bourbourg, el Sur de Méjico fué cuna del género humano; de allí partieron emigraciones pobladoras del mundo. Para algunos autores, ya por el estrecho de Behring, ya en naves arrastradas por la corriente Kouro-sivo, aportaron orientales al Nuevo Mundo; para el Sr. D. Alfredo Chavero, autor de la sección arqueológica en la historia intitulada *Méjico á través de los siglos*, por la Atlántida pasaron los primitivos conquistadores del continente americano. Dada la carencia de monos catirrinos en el último, formalmente aseguran varios escritores que en América no ha podido haber autóctonos. También se ha buscado en Polinesia un elemento de la primera población americana; tampoco ha faltado quien cometiese el delito de falsificar inscripciones en apoyo de su teoría. Burmeister considera

imposible que 100.000.000 de seres humanos, procedentes del mismo punto y de una sola pareja, poblaran en 4.000 años el globo; pero olvida que, según Cronau y otros, cuenta más de 20.000 años la existencia del género humano, á la cual modestamente asigna Hækel 100.000 por lo menos.

En medio de tan tenebroso caos de opiniones, resulta indudable la existencia de América desde la edad más remota del mundo y también que tuvo habitantes contemporáneos del mastodonte, megaterio y otros animales monstruosos y antidiluvianos, pues con reliquias de ellos han aparecido armas y utensilios, por ejemplo, en la falda occidental de Sierra Nevada, en Nebraska, Iowa, Méjico, Nueva Jersey. Á orillas del río Fangoso (Missouri) descubrióse un esqueleto entero de mammoth y lanzas y flechas clavadas en varios de sus huesos. Otra osamenta de igual especie fué encontrada en una isla del río Mississipi; debajo había cestas hechas con *arundinaria macrosperma*, y al parecer usadas para transporte de sal gema. Calcúlase que allí existió el hombre de la época interglacial. En 1844, haciendo en la Luisiana una excavación, se tropezó entre las raíces de antiquísimo ciprés con un cráneo humano, al cual atribuyó 50 000 años el Dr. Bennet Dowler: fantasía parece en verdad. Al término de la época glacial pertenece otro cráneo descubierto en Rock Bluff, junto al río Illinois. Más hallazgos podrían mencionarse.

Á consecuencia de inauditas erupciones volcánicas, á fines de la edad pliocena, quedó el Norte de California sepultado so espesa capa de ceniza y lava: trabajando allí buscadores de oro, dieron con armas de pedernal y vasijas de otra piedra y restos de animales prehistóricos. En 1857, en el condado de Toulumne, á 60 metros de profundidad, se encontraron huesos de mastodonte y fragmentos de un cráneo humano.—Descubrimientos ocurridos en 1855 en el cauce del riachuelo Miami (Ohio) y tres años después en Indiana y Delaware confirman, entre otras pruebas, la suma antigüedad del hombre en el Nuevo Mundo. En el último de los Estados antedichos se han visto rastros de primitivas habitaciones lacustres. Huellas de piés humanos guardaba la toba del extinto volcán Tizcapa, en Nicaragua, toba que á considerable profundidad descansaba sobre arena conchífera, perteneciente, en sentir de geólogos, al tiempo trascurrido entre los períodos plioceno y eoceno.—En las Pampas argentinas descubrió el Dr. Seguin utensilios de piedra juntamente con huesos humanos y otros de perezosos enormes, de caballos y osos antidiluvianos, de mastodontes. Análogos descubrimientos hizo en el Brasil el Sr. Lund, naturalista

dinamarqués. Entre las curiosidades prehistóricas halladas en la América Meridional por el Dr. Ameghino, se cuentan carapachos de gliptodontes usados como viviendas entonces: tenían más de dos metros de largo, uno y medio de ancho é igual altura.

Á los datos precedentes debe añadirse uno por extremo curioso, á saber, los desmesurados montones ó colinas de conchas de moluscos que se levantan en muchas costas y orillas de ríos americanos, lo mismo en Terranova, el Maine, Massachusetts, Florida, Georgia, Alabama, Luisiana y California que en el Brasil y las repúblicas del Ecuador y Argentina. Una de las veinte *colinas* exploradas por Barton en aquel ex-imperio medía 60 metros de altura, con un diámetro de 900. Desde hace tres siglos, esos depósitos alimentan hornos de cal y no llevan trazas de agotarse. Junto á la bahía de Paranagua forman compacta mole, de donde, merced á palancas, se extraen cantos que pesan quintales. En muchos de esos singulares montecillos, denominados en el país *sambaquis*, han arraigado árboles que revelan edad sumamente crecida. Según el geólogo C. F. Jackson, 44.906,400 piés cúbicos de valvas hay amontonados en el condado de Lincoln (Maine), llegando á la elevación de ocho metros y ocupando un espacio cuya longitud es de 1.782 piés ingleses, así como de 1.320 á 1.650 la anchura.

Muchas de las expresadas colinas se usaron para sepulturas, como demuestran esqueletos humanos descubiertos en ellas. Sentado colocabase el cadáver, adornado con pendientes, ajorcas y otros brinquinios, y lo rodeaban de armas é instrumentos, ya de pedernal, ya de pórfido, ya de serpentina, etc. También se ponían terrones del barro que servía para pintarse el cuerpo, y en el concepto de necesitarse alimentos en la otra vida, no se olvidaban pescados, moluscos ni caza.

Por cocinas de hombres prehistóricos se tienen los muchos hoyos de un metro y medio de profundidad y 25 centímetros menos de anchura que, cegados con ceniza, carbón y arena, existen en la región del Plata y los Estados Unidos. Allí se han visto huesos humanos, así como de animales varios, cuchillos, hachas, martillos, nueces, semillas, alpargatas de junco tejido.

Recuerdo sorprendente de los tiempos primitivos americanos son los *mounds*, otros artificiales, terraplenes y otras obras de tierra, las cuales, con silenciosa y melancólica elocuencia, nos hablan de generaciones cuyo nombre y fecha de existencia ignoramos: tan completamente se abismaron en la misteriosa eternidad. Encuéntranse tan notables] reliquias en los estados de Wisconsin, Illinois, Iowa, Ohio,

Kentucky, Tennessee, Missouri, Arkansas, Tejas, Luisiana, Mississipi, Alabama, Georgia, Florida, y especialmente en los valles del Ohio y del Mississipi. Solamente en la región de aquel nombre se han contado unos 1.300 en un espacio de 55 kilómetros, entre ellas una colina artificial cuya elevación se valúa en 33 metros. Á 32 llega la del estrecho cono del Arkansas, denominado *Manard mound*. Davis y Squier dividen los *mounds* en seis clases, á saber: 1.<sup>a</sup>, trabajos defensivos; 2.<sup>a</sup>, cercados de templos; 3.<sup>a</sup>, templos; 4.<sup>a</sup>, colinas para inmolaciones religiosas; 5.<sup>a</sup>, sepulcros; 6.<sup>a</sup>, oteros figurando animales. Una debe añadirse en opinión del sabio Short: las atalayas.

Las obras defensivas eran de tierra ó piedra; sencillas en ciertos lugares; complicadas, vastísimas en otros, formando todo un sistema inspirado por no comunes conocimientos militares y comprendiendo una serie de fuertes, trincheras, puestos avanzados, atalayas, cercas, galerías subterráneas que penetran hasta debajo del cauce de algún río. Junto al riachuelo Miami (Estados Unidos) todavía se contemplan fortificaciones que abarcan la anchura de cien acres<sup>(1)</sup> y la longitud de 28 kilómetros. Sobre un terraplén que alcanzaba la elevación de 75 metros había vallados que tenían la de seis y medio. Suministraban á los defensores agua potable 24 depósitos alimentados por manantiales. En la margen del río Scioto (Ohio), encerrando una superficie de 140 acres, dilatábanse por espacio de 14 kilómetros murallas construidas con sobrepuestas piedras y en cuyo recinto había cisternas. Cincinnati, ciudad de 260.000 habitantes, San Luis, de 350.000 y otras menores se han fabricado en terrenos que hace millares de años cubrían las fortificaciones del misterioso pueblo primitivo.

Los *cercados de templos* están generalmente en valles, son cuadrados ó de otra forma regular y tienen una puerta hacia el Oriente. No consta la exactitud de su nombre, pues unos suponen que resguardaban sitios destinados á viviendas de sacerdotes, á sacrificios y juntas; otros creen que defendían pueblos. Subsiste en Newark, á orillas del Scioto, una muralla que mide cuatro metros de altura, así como dos y medio de profundidad y 11 de largo el foso que se abre por el lado interior. Ninguna de las entradas deja de estar protegida por altas obras de tierra y fosos.

Probablemente se destinaban al culto las pirámides truncadas que sobre todo se encuentran en los estados meridionales de la gran república norteamericana. En el Illinois hay una cuya base es de 255 me-

(1) Un acre equivale á 4.046,7 metros cuadrados.

tros á lo largo por 174 á lo ancho. Un terrado, cuya longitud es de 97, así como de 46 la anchura, corta dicha construcción á la altura de 28, y en el centro, con una de tres, levántase una especie de otero artificial en que se han encontrado restos de sacrificios, cascos de vasijas, huesos humanos, utensilios de pedernal. Han calculado algunos que para tal pirámide necesitaron 25.000,000 de piés cúbicos de tierra y millares de obreros. En Seltzertown (Mississippi) admírase otra con una base de 200 metros de largo por 130 de ancho y la altura de 13. En la plataforma, de tres acres nada menos, se ven tres colinas cónicas, la mayor de 13 metros de altura.

Innumerables son los túmulos, y su elevación máxima llega á 25 metros. Encierran cadáveres, ora envueltos en gruesas telas y yacentes en sepulcros de madera ó piedra, ora en cuclillas ó sentados, bajo un montón de piedras. Sobre una base circular de 312 metros elévase á 22 el túmulo llamado *Grave Creek Mound*, donde se descubrieron dos sepulcros superpuestos con una distancia de diez metros. Había en el superior un esqueleto; en el otro dos, con millares de perlas, algunas conchas, aderezos de cobre y mica. Circunstancia notable: tenían la cara vuelta al Oriente los numerosos esqueletos del *Big Mound* (San Luis). Aparte de muchísimas joyas y armas, en la Carolina Meridional se han encontrado largas hileras de vasijas con restos humanos; en una isla próxima á la costa de Georgia, cementerios donde sólo había urnas cinerarias.

Tal vez con un fin religioso fabricáronse los *mounds* simbólicos, de animales por lo común, y que en el Wisconsin ascienden á millares. Allí se vé un mono con una cola de 110 metros, enroscada; un alce, de 55; una figura humana, de 50; una semejanza de elefante, con 43. En Georgia se admiran dos águilas, representadas patas arriba y con la cabeza inclinada hacia el Este; una, bien proporcionada y hecha con pedazos de cuarzo, mide 33 metros desde el pico al extremo de la cola; 37 de punta á punta de sus alas. Desde el pecho á la cabeza, que sólo tiene 75 centímetros de relieve, resalta sobre el suelo dos y medio metros. Un acre ocupa en el Minnessota una araña; en el condado de Adams (Ohio) extiéndese sobre una colina una serpiente de 313 metros, hábilmente ejecutada y que, sobre todo, á la luz de la luna finje terrible realidad. Sus cimientos son de piedra; el resto, de barro y ceniza mezclados. Por término medio llega á seis metros su grueso; 25 caben entre las mandíbulas de su abierta boca.—Opina el señor Chaveró que el mayor número de los *mounds* simbólicos ha perdido su traza primitiva con el trascurso de tantos siglos y las vicisitudes

geológicas; que muchos de los que la conservan no poseen ahora su anterior altura por haberse alzado el terreno; que había algunos en hueco; que los construyeron mayas y fueron inspiradas por la zoolatría.

Los *mounds* de diversas clases contenían puñales de obsidiana, clavas al estilo azteca y crecido número de otras armas, escoplos, agujas, tijeras, botellas, vasos, cazuelas, brinquiños, talismanes, vasijas de bien trabajada arcilla, en forma de frutas, animales ó personas. Se conoce por la cara de algunas de éstas que era uso dibujarse la piel. Parece que después de cocida la vasija se aplicaban los colores, que solían ser el rojo, blanco, negro, amarillo. Representando suma variedad de figuras, se hacían pipas de barro común, galactite, pizarra, cuarzo, mármol y hasta pórfido. Se conserva una con un rostro barbado; varias, en las cuales diríase que se intentó copiar el elefante. Además de esculturas que denotan no escasa habilidad, han aparecido objetos de cobre, extraído de minas situadas junto al lago Superior, como prueban galerías de hasta diez metros de profundidad. Allí se ha encontrado un trozo de aquel metal con seis toneladas de peso y la longitud de metro y medio, preparado para el transporte sobre una rastra de troncos. Inmediatos estaban un martillo de piedra y un escoplo de cobre: 18 kilogramos pesaba el primero; 12,50 el segundo.

Se presume que la nación de los *mounds*, una y aislada, poseía civilización no exigua y se dedicaba al comercio, la minería, cerámica y agricultura. Para el riego de los campos hizo trabajos importantes; debió tener barcos que, por lo menos, surcasen ríos y el lago Superior, de limpias aguas, de frecuentes borrascas, peores á veces que las del océano y sin rival en América por su extensión de 2.200 kilómetros.

En región dilatadísima, que abarca el Utah, Colorado, Nuevo Méjico, Arizona, región hoy abrasada por el sol durante la mayor parte del año, pobrísima de aguas y vegetación, probablemente al revés de como fué en otras edades, se ven numerosas ruinas de ciudades y originalísimas construcciones, que el Sr. Chavero atribuye á los nahoas,<sup>(1)</sup> pueblo agrícola, muy inteligente, de índole apacible y bondadosa y que existió unos 3.000 años antes de C.—Mas de 1 000 habían trascurrido desde su desaparición y lo reemplazaban descendientes degenerados ó nuevas tribus, cuando invadió á Méjico Hernán Cortés. Opina el Sr. Chavero que la región nahoa era el Chicomoztoc ó las

---

(1) Según él; según otros, nahuas.

Siete Cuevas y señalábanse allí por su cultura Huehuetlapállan, en la confluencia del Gila y Colorado,<sup>(1)</sup> y Culhuacan, hoy Culiacan de Sinaloa. Sus restos y los de otras poblaciones de la misma nación están diseminados en una extensión de 200.000 millas próximamente, sobre todo en los valles regados por los ríos San Juan, Chaco, Plata, De Chelly, Anima, Pine, Hovenweep y Mancos. Ellos, lo propio que el Colorado, corren encajonados entre riberas de asombrosa altura: las del último, por ejemplo, alcanzan en el *Cañón Grande* 4.000 y hasta 7.000 piés de altura.

Parece que las primeras casas nahoas, redondas y con un diámetro de más de 12 metros, eran de adobes y se techaban con paja, dejando una abertura para la salida del humo. En el centro de la vivienda había un hogar ó estufa y alrededor piezas aisladas, para diversas familias. Construyóse después con piedras y maderos. En las *casas largas*, atravesadas desde la puerta exterior hasta el fondo por un corredor provisto de una ó más estufas, veíanse, á derecha é izquierda, habitaciones independientes, ocupada cada una por distinta familia. El terreno cultivado por ésta separaba un edificio de otro.— Sobre un terraplén tan elevado como un piso,<sup>(2)</sup> sobre sucesivos terreros, se levantaban las *casas grandes*, de tres, cuatro y aun cinco altos, que sólo se comunicaban exteriormente por medio de escalas, removidas en caso de peligro, y donde cabía toda una tribu. Servía el patio para ejercicios militares y fiestas. En el valle del Chaco (Nuevo Méjico), al pié de escarpadas peñas, hay una construcción de tan singular especie, construcción llamada actualmente Pueblo Bonito en el país. Tenía, según el teniente Simpson, una circunferencia de 570 metros, piezas circulares, con un diámetro de 20, para juntas, probablemente; 21 estufas, 614 viviendas para 3.000 personas. Protegían el edificio muros de un metro de espesor, generalmente, y diez de altura, hechos con bien labradas piedras que adhería fina argamasa. Dicen que por temor á los temblores de tierra, los robustecían fuertes empalizadas; 160 metros de longitud medían los del edificio ó *pueblo* Peñasco Blanco; 13 de alto y 310 de largo, los de Ketro Kete ó Chetto Kette; en el valle del río de las Ánimas existen restos de casas que tal vez contaban cinco ó seis pisos, con 70 aposentos cada uno. Parece que á orillas del río Gila hubo una ciudad de 11 *casas grandes*, fabricadas con adobes, y que ceñía una muralla de metro y medio de grueso.

---

(1) Véase la obra *Méjico á través de los siglos*.

(2) El Sr. Chavero llama *piso cerrado* dicho terraplén.

En alturas casi inaccesibles, ya ensanchando huecos de peñascos, ya en amplias cuevas, ya pegándolas á tajado monte y procurando disimularlas hasta con el color del revoque, también se construyeron viviendas los nahoas. Defendíalas por delante una pared, en la cual se abrían la puerta y las ventanas, por donde entraban la luz y el aire. Mucha habilidad se requería, en ocasiones, para encajar en la mole de la montaña el nido humano. Todavía guardan aquellas rocas las aberturas practicadas para ayudar los piés y manos en la trabajosa ascensión á tales moradas. Junto á éstas había hoyos para conservar cereales, así como establos para el ganado, sin que se conciba cómo subía.

Entre paredones de 300 á 650 metros de altura, por un barranco de 30 millas de largo y una ó media de anchura, corre el río Mancos. Á diez millas más allá de su boca, á 13 metros de altura, hay una caverna con siete casas que absolutamente han deteriorado los siglos; aún se notan en su argamasa las huellas que estamparon las manos de los albañiles. Á 260 metros sobre el nivel del río mencionado, adheridas á la peña que se encorva sobre ellas, se hallan dos viviendas, una con 20 metros de largo y cinco de ancho, dividida en varias piezas por delgados tabiques y provista de estufa central. También á orillas del Mancos, á la elevación de 230 metros, se ha descubierto una casa de dos pisos. Junto al San Juan, en una cueva cuya profundidad es de 30 metros, así como de 65 su longitud y otros tantos su altura, existen las ruinas de un *pueblo* entero; otras parecidas coronan tajada peña á cien metros de altura, cerca del río Chelly. En varias de las ruinas han aparecido utensilios de piedra, puntas de pedernal para flechas, vasijas de finísimo barro y pedacitos de concha con figuras de aves, cuadrúpedos y personas ó grecas y otros dibujos, á veces con brillo metálico ó esmaltadas de azul, blanco, negro, colorado. En rocas salientes ó empinadísimas, erigían atalayas los nahoas. Como habrá ocurrido al lector, las extrañas, mejor se diría pasmosas, construcciones indicadas, revelan el más ardiente empeño por precaverse de temibles enemigos, siempre en acecho ó emprendiendo incursiones. Entre las innumerables reliquias que pueblan las inmediaciones del río Gila se cuentan las de una acequia de 16 kilómetros de extensión, nueve metros de anchura y dos y medio de profundidad.

Merecen recuerdo los jeroglíficos que, esculpidos y pintados en rocas, en sitios de acceso extremadamente difícil, llaman la atención en los valles regados por los ríos Mancos, Gila y San Juan. En uno de los paredones por entre los cuales se desliza el último, fueron cincela-

das en piedra viva, á la profundidad de un metro, filas de personas raras figuras y animales, todos en la misma dirección, representando una emigración probablemente.

Según el Sr. Chavero, procedían del Norte los nahoas y fueron el origen de la civilización tolteca y mejicana. Con culto inocente adoraban al sol, la luna, Véspero, el dios de las lluvias y la deidad del mar. Tenían gobierno teocrático; celebraban sus ritos y comían en torno de la estufa. Eran polígamos y á cada esposa dedicaban el cultivo de un campo. Muy consideradas las mujeres, vivían retraídas, ocupándose en hacer esteras de junco y tejidos. Usaban camisas y enaguas de algodón; los hombres, mantos de esta materia y túnicas de la misma ó pieles. En la guerra llevaban acolchado sayo de algodón cubierto por una piel; combatían con flechas emponzoñadas, el *macuahuitl*, clava con laterales y alternadas hojas de cortante pedernal y sujeta á la muñeca por una correa, y un escudo de cuero de caimán. Con envenenadas puntas de madera sembraban los caminos por donde pudiese venir el enemigo. Suponían que sus guerreros muertos en el combate ó en cautiverio iban á la florida mansión del sol, la mejor de las cuatro que á los difuntos asignaban.—Su escritura era jeroglífica; inventaron una aritmética sencilla y de notables combinaciones y un curioso calendario. Contaban tres edades, á saber: *sol de agua*, de 808 años; *sol de aire*, de 810; *sol de fuego*, de 964, terminando cada cual con una catástrofe producida por el elemento que le daba nombre.

Los nahoas fueron hábiles en cerámica; no así en carpintería; ignoraron el laboreo de las minas; no usaban moneda ni acémilas, reemplazando las últimas con cargadores que, atravesado al hombro un palo, el cual tenía en cada punta una red para los objetos, andaban hasta cuatro leguas. Comerciábase en pescado, caracoles, conchas, sobre todo las azules del mar Bermejo ó golfo de California. Navegaban los nahoas en botes de dos proas, de 36 á 40 palmos de largo y proporcional anchura; en sus feraces campos cultivaron algodón, tabaco, maíz, calabazas, maguey, del cual sacaban un licor, fibras textiles, medicina, combustible, abono, sustento, ceniza para lejía, techos, vallados. Preparaban bebidas con el maíz, la tuna, el saúco, la pitahaya, y con orgías, vedadas á las mujeres, festejaban la cosecha de aquella.<sup>(1)</sup>

---

(1) Debo principalmente los datos de este capítulo á la obra *América*, de Mr. Rodolfo Cronau, á la historia *Méjico á través de los siglos* y á la *Enciclopedia Británica*.



## CAPÍTULO II

---

### LOS MAYAS-QUICHÉS

---

Cuando hacia el Norte de Méjico, entre los grados 22 y 32 de latitud, vivían los nahoas y por el centro los otomfes, desarrollóse en Yucatán, los actuales estados de Chiapas y Tabasco y aún Guatemala, la civilización maya-quiché, todavía atestiguada por multitud de grandiosas ruinas, no obstante la incuria de los hombres, el trascurso del tiempo y los continuos embates de vegetación pujantísima, desmedida, que enteramente ha sepultado ya ó deshecho reliquias preciosas. ¿De dónde provenían los mayas y quichés, pueblos de la misma raza? Nadie lo sabe; es uno de los misterios que envuelven con tinieblas profundas la época primitiva del Nuevo Mundo. En vez de confesar ingenuamente que por carencia de seguros datos nada constaba sobre el particular, varios autores han ideado hipótesis más ó menos arbitrarias. Mientras parece al Sr. Chavero que unos 2.500 años antes de C. llegaron por mar á Yucatán los mayas, procedentes del Asia, pasando por Egipto, donde sembraron sus ideas, el célebre francés Mr. Charnay les niega la expresada antigüedad, los cree toltecas—aunque en realidad eran éstos una rama de los nahoas,—los identifica con malayos, indo-chinos y otros orientales y concibe que hacia el Sur de Méjico realizaron dos emigraciones paralelas, las cuales confluyeron en Copan: una de Tula por las orillas del Atlántico y otra de Toluca por las del Pacífico. Según Ober, acumúlanse pruebas, demostrando que fué propia, especial, la civilización maya. Esto no impide que posteriormente se modificase á influjo de extranjeros. Los bajo-relieves de Kabah—dice la *Enciclopedia Británica*—muestran claramente que los toltecas, de cepa nahoa, como es probable, y muy afines á los aztecas, hallaron muy civilizado el país donde penetraban. Consta que muchas

construcciones de Yucatán son anteriores á la llegada de los toltecas por el siglo xi después de C.; cuando aportaron los españoles, muchas ciudades eran ya olvidadas ruinas. Tocante á su origen asiático, puede oponerse la feliz objeción que emplea la mencionada *Enciclopedia* al ocuparse en la fuente de la población india: ¿cómo emigrantes del Oriente no introdujeron en América el arroz, el trigo, la cebada, la avena, el centeno, el hierro, volatería, cerdos, caballos, carneros, perros, camellos ni ganado vacuno?

Los mayas eran braquicéfalos, de ancha frente, resuelto mirar y pómulos salientes. Dominaba en su lengua el monosilabismo. Unas cinco sextas partes de la actual población en Yucatán descienden de aquel notable pueblo: tienen cabello lacio, tez morena rojiza, facciones regulares, orejas y boca pequeñas, quijada recta, expresión franca, aspecto de cultura. Dice Charnay que en las poblaciones rurales europeas sería difícil hallar hombres de mejores formas, de más inteligencia, de más abierta fisonomía. Son sufridos, pacíficos y aún indolentes.

La península del Yucatán, actualmente parte del territorio mejicano y dividida en los dos estados de Yucatán y Campeche, cuenta siete ciudades, 13 villas y 143 pueblos, y de superficie 55.400 millas cuadradas. Allí se instalaron los mayas, llegando á fundar 62 ciudades, ya destruidas todas, entre las cuales descollaban Uxmal, Mayapan ó El pendón de los mayas, Tikul, Aké, Izamal, Kabah, Labnah, Acanseh. El 1.º de noviembre, 1828, volviendo á Sisal, después de una excursión, el Dr. Luis Mitchel fué sorprendido de noche por recia tempestad, y casualmente refugióse en una selva, donde, al resplandor de la hoguera encendida por el indio que le acompañaba, vió arabescos y ruinas que le movieron á posteriores exploraciones, cuyo resultado fué descubrir los restos de Uxmal, señalada por la magnitud de sus monumentos, profusamente adornados con esculturas, y por la artística ejecución de sus estatuas.

En las construcciones sur-mejicanas, siempre sometidas á un plan fijo y armónico, en que dominaban la línea recta y el ángulo de 90°, hacía esencial papel la pirámide, ya como elemento de fortificación, ya como base de palacio ó templo, quizá para que éstos fuesen vistos desde mayor distancia; Se usaron bóvedas, pilares y columnas. Había en Aké pilares fabricados con piedras de uno á dos piés de grueso y que tenían cuatro de lado, fluctuando entre 15 y 16 su altura. En las ruinas de Labnah, Chunhuhú y Kewick admíranse bellos ejemplares de columnas formadas con trozos cilíndricos. Generalmente la columna maya carecía de pedestal, era de fuste sencillo y de capitel

cuadrado, sin adornos; pero cuando estaba empotrada presentaba más variedad y complicación. En Chichen se ha visto un pedestal figurado por una cabeza de serpiente y de la boca salía el fuste. El Sr. Chavero divide en tres períodos la arquitectura del Sur de Méjico: 1.º, desde las construcciones ciclópeas hasta las pirámides de piedra y tierra, como en Izamal y Aké; 2.º, de pirámides de sillares, de la bóveda, las columnatas y los relieves; 3.º, preponderancia de la construcción nahoa.

Los edificios vulgarmente llamados *Casa del Gobernador, de las Monjas, del Enano, de las Tortugas*, son los que más llaman la atención en Uxmal, á pesar de su indecible deterioro. Levantábase el primero sobre una pirámide truncada de tres sucesivas mesetas y medía 322 piés de largo, 39 de ancho y 26 de altura. Pasa de 300 el friso en que se ven una fila de cabezas colosales y una greca de alto relieve. Por 11 puertas penetrábase en el edificio, cubierto por un terrado. De mampostería revestida de sillares son las paredes que, desde la mitad hacia arriba, se ocultan bajo un diluvio de esculpidos adornos. Colocados en hilera todos los del palacio llegarían á ocupar dos kilómetros próximamente, según cálculo de un autor. Uno de sus mosaicos representa un combate entre gigantes y enanos.—Cerca se halla la ruinosísima *Casa de las Monjas*, así denominada por su multitud de habitaciones parecidas á celdas. En sus cuatro cuerpos se cuentan 87 piezas grandes y 50 pequeñas, así como sótanos, pasadizos y galerías muy extensas. Los suelos son de mosaico; en las paredes, de tintes subidos, en las bóvedas, puertas, ventanas, ha prodigado adornos la escultura. En la *Casa del Enano*, de circunstancias análogas, llaman mucho la atención, y han dado margen á conjeturas mil, unas cabezas que, á tener colmillos, serían de elefantes, animales que en ningún tiempo han sido indígenas del Nuevo Mundo.

Los pocos restos no sepultados por la vegetación, revelan cuán importante debió ser la ciudad de Kabah, situada á unas 12 millas al S, de Uxmal. Todavía conserva un arco aislado, de 14 piés de luz, comparado por Stephens con el de Tito, en Roma.—Presentan caracteres ciclópeos las construcciones de Aké, donde subsiste una pirámide diversa de las demás de Yucatán. Una plataforma de 212 piés de largo y 46 de ancho, sostenía 36 pilares—hoy reducidos á 29—los cuales forman tres hileras paralelas, separadas por una distancia de 10 piés. Entre 14 y 16 oscila el alto de aquéllos; cuatro de anchura tiene cada lado. Subíase por una escalera con peldaños de cuatro y medio á seis y medio piés de largo y uno ó uno y medio de altura.—En Yzamal, á pocas millas al E. de Aké, existían 11 ó 12 pirámides de piedra,

adornadas con grandes estatuas del propio material. La pirámide del Hunpictok (jefe de la casta guerrera) servía de base á su palacio y á una fortaleza. Había al pié dos cabezas de piedra y argamasa: una, con dos y medio metros de altura; la otra, con más de cuatro. Soberbias calzadas, con una anchura de siete á ocho metros, facilitaban las peregrinaciones que, en busca de salud y hasta solicitando alguna resurrección, solían hacerse al templo de Kab-ul (mano ejecutora, milagrosa), donde venerábase mano enorme. Se alzaba el edificio sobre la cuarta plataforma de la inevitable pirámide y desde allí se divisaba el mar, distante ocho leguas.—Setecientos piés de largo por 70 de alto mide ahora la pirámide que sustentaba el templo de Kinich-Kakmó (sol con rostro, ó mejor, llama de sol). Al S. está la *Casa del Sacerdote*.—Una calzada de 13 leguas unía á Izamal con Tihoo, posteriormente Mérida.

Como dos millas ocupan las principales reliquias de Chichen-Itzá, capital de los itzáes, poderosa nación maya que emigró por fin hacia el lago de Peten. Dicen que en tiempo de Cortés aún encerraba habitantes dicha ciudad. Rivalizaba con Uxmal en el número y la magnificencia de sus edificios públicos, entre los cuales figuraban el *Palacio de las Monjas*, el *Chian-Chob* ó *Casa encarnada*, la *Torre del Caracol*, de 60 piés de alto, inclusa la base ó pirámide de dos cuerpos, el templo denominado *El Castillo*, al cual se sube por una escalera de 90 peldaños, escalera cuyas barandillas fingien serpientes enormes que en la meseta dejan colgar su cabeza de abiertas fauces. Merece llamar la atención que, siendo casi lampiños los indios, haya imágenes de hombres barbudos entre las innumerables esculturas de dicho monumento. Se abre ante éste una plaza ceñida por columnas en hileras de tres, cuatro ó cinco de fondo: más de 400 quedan en pié, ninguna entera. Inmediatas están ruinas de varios edificios y grandísimos trozos esculpidos. Todo aquel conjunto debió ser espléndido, imponente: pecaba de exuberante y grotesca la ornamentación maya. Usábase el estuco y se pulía muy bien la piedra.

Siendo pobrísimo en Yucatán el riego natural y acumulándose debajo de la superficie inmensas masas de agua llovediza, rápidamente absorbida por el suelo, muy poroso y calcáreo, hiciéronse lagos artificiales, pozos y algibes de mucha profundidad: uno de los últimos alcanzaba la de 450 pies y se penetraba en él por un pasadizo de 1.400 piés de largo próximamente.

Los mayas, cuyo nombre parece provenir de la especie de terreno donde se establecieron, se imaginaban originarios de árboles. Dedi-

cados sobre todo á la agricultura, cultivaban el maíz, la yuca, el ñame, la vainilla, el cacao, añil, tabaco, henequen, algodón. Con la caza y la pesca se proporcionaban víveres abundantes; del maguey, cacao, maíz, así como de la palma, extraían bebidas. Trabajaban diestramente el barro, la piedra, la madera, el oro, la plata, el cristal de roca, la esmeralda, con la notable circunstancia de emplear utensilios de pedernal, si bien conocían el cobre. Hacían buenos tejidos, ya blancos, ya de colores; con fibras de henequen,—cordeles, redes, hamacas. Dormían en éstas, en pieles ó lechos de flexibles cañas. Fumaban en pipas ó cañutitos donde metían un pedazo de hoja enrollada y encendida.

Se dividían en nobles, sacerdotes, artesanos y esclavos. Tuvieron gobierno teocrático, trocado en monárquico después de la invasión chichimeca. Al pontífice soberano daban el nombre de *Zamná*, el de su divinidad principal, entre tantas como tenían hasta para las cosas más vulgares de la vida. Igual insensatez mostraron los griegos y los romanos en el apogeo de su cultura. Los mayas adoraban animales, el sol, hombres deificados; suponían que cuatro dioses, situados en los puntos cardinales, sostenían los cielos. Kacupanac (*Mirada de fuego*), era la deidad de la guerra; á Zuhuykac (*Fuego virgen*), se consagraban unas como vestales. Había cuatro clases de sacerdotes, los cuales llevaban traje talar de algodón, y se untaban su largo cabello, nunca peinado, con sangre de víctimas humanas. Eran médicos, adivinos, y cuidaban del calendario y de perpetuar los recuerdos históricos nacionales. No consistían únicamente las ofrendas en flores, manjares ó frutas, ni en aves, peces ú otros animales, con cuya sangre manchábase á los ídolos: en las sequías se lanzaban á subterráneos depósitos de agua hombres vivos y objetos preciosos; en ciertas calamidades se mataban esclavos y aún los hijos propios. Con arcos y flechas en la mano bailábase en torno de la víctima, pintada de azul, á quien por fin asaeteaban. Otras veces se verificaba el sacrificio, arrancando del hendido pecho el corazón, sobre un ara del color antedicho y tiñendo el rostro del supuesto dios con la sangre. También se acostumbraba desollar una víctima muerta y vestirse con su piel el sumo sacerdote para tomar parte en un baile sacro: ¡execrable culto! Contribuían á éste, más que al pasatiempo, las danzas: una de éstas, exclusiva de hombres y cuya música y pasos eran bélicos, se ejecutaba por centenares de individuos y duraba todo un día. En las grandes solemnidades del templo se representaban piezas dramáticas, fundadas en algún hecho histórico ó en leyendas religiosas: así empezó el teatro de

los helenos. Convocábase á los fieles con el caracol y con el *tunkul*, cilindro de madera, hueco y con varias aberturas, el cual se tañía con varillas. Se observaban ayunos rígidos, y en penitencia era costumbre sangrarse orejas y lengua, enrojeciendo así tablillas que servían de ofrenda. En sus orquestas sonaban caracoles, conchas de tortuga, tocadas con astas de ciervo, flautas, sonajas, silbatos, tambores, largas trompetas de palo: ¡pobres oídos!

Consistían las armas en arcos, flechas, clavos, hachas, lanzas, rodajas de cañas guarnecidas de cuero. Como trofeo, llevábase al brazo, limpia, la quijada del enemigo inmolado. Quitábase la vida al vencido principal y se esclavizaba al plebeyo, lo cual hacíase también con el ladrón.

Quedaba el adúltero á merced del esposo ofendido, quien podía matarlo impunemente; imponíase pena capital al seductor, no menos que al forzador y al incendiario; empalábase al homicida.

Los mayas usaron jeroglíficos, hasta ahora indescifrables. Suponíanlos invención de su dios Zamná y con tal motivo instituyeron una fiesta. En un pequeño cuadrilátero encerraban cada signo. Largas inscripciones se ven todavía en sus desmoronados edificios, entre adornos mil, esculpidos ó pintados. Constaban los libros de extensas tiras de cuero de venado, por lo común, barnizado en ambas caras; doblábanse como un biombo, resguardadas con tablitas las cabezas. Á ocasiones escribíase en una especie de papiro suministrado por diversos árboles y el henequen.

Había meses de 30 días y otros de 20. En 18 de éstos dividíase el año y se agregaban cinco complementarios, juzgados funestos. Con el tiempo adoptóse la numeración nahoa.

Los mayas de clase inferior andaban en carnes, con el *maxtli* ó *ex*, faja cuyas puntas caían, una por delante y otra por detrás; la gente principal llevaba calzón, túnica, manto de colores vivos, collares de gruesas cuentas con medallones, brazaletes, pendientes, labrados cintos, borceguíes. En un monolito se vé la imagen de un sacerdote, con mitra, de la cual penden cintas y medallones, con adornada camisa, ceñidos de ajorcas los desnudos brazos, calzado hasta media pierna. Con incisiones hacíanse permanentes los dibujos del cuerpo, que solía teñirse de rojo, incluso la cara. Igual color, realizado con goma fragante, empleaban las mujeres, sin perjuicio de estamparse en el busto, salvo los pechos, las labores trazadas en un ladrillo. En la horadada ternilla de la nariz ostentaban un pequeño disco de ámbar; en las orejas, zarcillos. Se recortaban los dientes, asemejándolos á los

de una sierra. Usaban camisa y enaguas. Juzgando aliciente el estrabismo, producíase artificialmente; en las clases superiores, á los pocos días de nacida una criatura, le comprimían entre dos tablas la cabeza para amoldarla al tipo establecido y, naturalmente, con frecuencia resultaba mortal una práctica tan cruel y absurda. Primero se momificaron ó enterraron los cadáveres; después introdujeron los nahoas la incineración.

Los quichés, cuyo nombre se deriva de su territorio, abundante en árboles, se establecieron en los actuales estados de Chiapas y Tabasco, región fecunda en aves, cacao, vainilla, tabaco, zarzaparrilla, vegetales tintóreos, maderas preciosas y salinas. Los separaba de los mayas el río Usumacinta, de periódicas inundaciones, que originaron la costumbre de construir sobre terraplenes, trocados posteriormente en pirámides, por la ostentación. Dice el Sr. Chavero que entre el Yucatán y el país quiché se interponían los itzaes, que especialmente adoraban á Tziminchac,<sup>(1)</sup> los lacandones, cheaques, mopanes y otros pueblos.

Fueron ciudades importantes de los quichés Amoxton (Acala), Zotzlem, Chambó, Balum-Canan (Comitan), Yaxbité (Ocotzincó), Gumarcaah ó Utatlan, Mítla ó Xibalba y, sobre todo, Na-Chan ó Palenke, apellidada en nuestros tiempos *Tebas americana*, ciudad donde sólo quedan sepulcros y templos, residencia del Votan ó pontífice soberano. Á consecuencia de las invasiones nahoas y, aún más, de la azteca, se dirigió al S. el núcleo quiché.

Alzábase Palenke en el centro del Estado y la defendía la fortaleza Chapa-Nanduimé, cuyo nombre convirtieron los españoles en Chiapas. Cree el Sr. Chavero que los siglos VI y VII después de C. fueron probablemente los más brillantes de Palenke. Según Catherwood y Stephens, muy leves y casuales analogías con los del resto del mundo presentan sus monumentos. Los principales eran el templo del *Hermoso Relieve*, el de los *Tableros*, el de la *Cruz*, el del *Sol* y superior á todos el *Gran Palacio*. El primero, el más deteriorado, descansaba sobre una pirámide de cien piés de altura; la parte principal ha desaparecido. Suerte mejor, tocante á conservación, ha tocado al *templo del Sol*, el más notable por sus adornos y muy parecido al *de la Cruz*, así llamado á causa de un bajo relieve donde aparece el signo de nuestra redención coronado por una figura como de gallo, que algunos han supuesto memoria del de la Pasión. Fundándose en dicha cruz y

---

(1) Tapir, dios del trueno.

otras, inventóse que Santo Tomás ó un obispo, ya irlandés, ya de Islandia, habían predicado en América el Evangelio; mas dispáse teoría tan fantástica al recordar que entre los quichés la cruz de aspas era emblema del curso del sol; la de brazos iguales se refería á la estrella Quetzalcoatli; la latina simbolizaba el poder generador del astro del día y era cifra de grandes períodos cronológicos.

El *Gran Palacio*, morada del pontífice soberano, se eleva sobre una pirámide que tiene unos 40 piés de altura y cuya base mide 260 de ancho y 310 de longitud. Á cuatro y medio llega el grueso de las paredes maestras. Los arcos se parecen á los árabes y la fachada presenta una serie de pilares, formando sobre 40 puertas. Había un patio que se opina rodeaban dormitorios, soberbias escaleras, dos abovedados corredores de nueve piés de anchura y cuyo piso es de un cemento comparado por Stephens con el mejor de las termas romanas. Dominaba al edificio una torre de cuatro cuerpos sucesivamente menores. Abundan los medallones y figuras de estuco, muchas veces representando á sacerdotes ó sacerdotisas, siempre de perfil. La pared exterior estaba estucada y pintada de colorado; vuelta al Oriente, la fachada principal del edificio. Por debajo de éste dilatábanse galerías verosimilmente destinadas á sepultura, á ritos secretos y á fingir oráculos por medio de tubos de barro que se han descubierto. Para el Sr. Rodolfo Cronau, historiador alemán, el *Gran Palacio* es un laberinto de construcciones grandes y pequeñas, ejecutadas en diversas épocas para fines varios. Se va destruyendo á toda prisa. Tenía, según Bancroft, 180 piés de anchura, 228 de longitud y 30 de alto; esta última dimensión era de ocho y medio en las puertas, así como de nueve el ancho. La arquitectura quiché superaba en regularidad y sencillez á la de los mayas. Bien orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, como las de aquéllos, sus pirámides poseían escaleras en todas sus caras. La gente inferior vivía en chozas de madera, barro ú hojas de palma. Los quichés supieron fabricar puentes sólidos, según prueba uno que, á despecho de los siglos, subsiste entero en el pueblo de Chilmitlan. Con cierto zumo de yerbas ablandábanse las piedras de construcción.

Adoraron los quichés varios animales, el sol, el firmamento, la tierra, el mar, la erupción volcánica, el huracán, el relámpago, el terremoto. Se practicaba un culto reservado, de sacrificios sangrientos, y otro popular, consistente, sobre todo, en cantos y bailes en plazas situadas delante de los templos. En sepulcros piramidales se ponía el cadáver, ya en cuclillas, ya encorvado sobre sí mismo.

El traje quiché parecíase mucho al maya; personas é ídolos se ataviaban con plumas del admirable pájaro quetzal, cuya cola verde, esmaltada de oro y de extremidad purpúrea, alcanza la extensión de cuatro palmos.

En el siglo XVI compuso un indígena, con el título de *Popol-Vuh* ó *Libro del pueblo*, una colección de recuerdos históricos y alegorías quichés, traducida al castellano, 200 años después, por el P. Ximénez, añadiéndole escolios, y publicada en Viena en 1857.—Mr. Brasseur de Bourbourg dió á luz una arbitraria versión con el texto al frente.

---



## CAPÍTULO III

---

### TOLTECAS, AZTECAS Y OTROS PUEBLOS.

---

Antes de su descubrimiento, América fué mansión de innumerables pueblos, teatro de frecuentes emigraciones, guerras, vicisitudes, respecto á las cuales faltan, comúnmente, noticias exactas, lo cual ha proporcionado ocasión de fantasear sin medida. Parece que por el siglo VI ó el VII, los toltecas<sup>(1)</sup> de raza nahoa, partieron de Huehuetlapállan, yendo á establecerse en el N. del valle de Anahuac. Poco se sabe de ellos aunque ejercieron notable influencia y les debieron los aztecas la mayor parte de su cultura; las más adelantadas naciones mejicanas se ufanaban con suponerse descendientes suyas. Se reducía su territorio, según el Sr. Chavero, á la porción de país entre Tóllan (Tula) y Cholóllan (Cholula). Centro religioso y necrópolis era su ciudad de Tehotihuacan, entre cuyas fortificaciones figuraban las dos pirámides de la luna y el sol, ahora cubiertas de vegetación y muy deterioradas. La primera, de cuatro pisos y con un pozo cuadrangular, tiene de altura entre 42 y 46 piés; así como de 62 á 66 la otra, que es de tres cuerpos. En el espacio de 800 metros que media entre ambos monumentos, hay una plazuela, donde se calcula que estuviese el palacio del sumo sacerdote. Empezando en la pirámide del sol, en un radio de legua y media, se ven túmulos de tamaños diversos; algunos de nueve metros de altura, destinados, según se supone, á soberanos ó personajes. En varios se han encontrado objetos de oro, piedras pulidas; en uno ataúdes con restos humanos y un ídolo. Junto á la pirámide de la luna principia *el camino de los muertos*, ordenada serie de túmulos piramidales.

---

(1) Their name *Toltecatl* signifies an inhabitant of *Tollan, land of reeds*, *Enciclopedia Británica*.

Á fines del siglo x brillaron en su apogeo los toltecas. Habían formado una confederación de tres reinos, sometidos á la supremacía de uno de ellos; en Colhuacan se juntaban los soberanos. Guerras civiles por motivos religiosos, hambre, peste, una invasión chichimeca <sup>(1)</sup> arruinaron á los toltecas; el rey Apiltzin-Axcitl, después de incendiar á Tollan ó Tula, su capital, emigró con la mayoría de su pueblo hacia la región maya-quiché. Subsistió el reino de Colhuacan.

Antes de instalarse definitivamente, tres siglos anduvieron peregrinando los aztecas, originarios de Aztlan (*lugar en medio de un lago*), situado, según Humboldt, por el grado 42 de latitud N.; en el estado de Wisconsin, al decir de Laphan; al N. de California, conforme opinan Clavigero y Basseur de Bourbourg; en ella, como creen Boturini, Bancroft, Aubin; para el Sr. Chavero, en la laguna de Mex-ticacan, cerca del mar, á 22° de latitud N., en el territorio de Chicmoztoc ó de las siete grandes ciudades. Según el códice Vaticano, guiaba á los aztecas su jefe Huitzilopochtli (*colibrí siniestro*). De su paso por el poderoso y muy poblado reino de los valientes y feroces tarascos, reino que se extendía desde el Pacífico hasta los actuales estados de Guanajuato y Querétaro, sacaron la adopción de sacrificios humanos. Después de acontecimientos mil y sucesivas emigraciones, llegaron en 1325 los aztecas á la orilla sur-occidental del más importante de los cinco lagos que realzan el espléndido valle de Méjico, el cual tiene de ámbito 67 leguas, de altura sobre el nivel del mar, 2.270 metros. Según la leyenda, habiendo visto los emigrantes un águila soberbia que, posada en una roca del lago, tendidas hacia el sol naciente sus alas, clavaba en una serpiente sus uñas, recordaron un oráculo, en virtud del cual allí debían fundar una ciudad. Por consiguiente, en un pantano, cegado al intento, y en isletas enlazadas por medio de canales, edificóse á Tenochtitlan (*tunal sobre piedra*), predestinada á ser fastuosa capital de Motezuma y á desaparecer entre llamas y sangre con numantino heroísmo. Entiende el Sr. Chavero que Tenochtitlan significa *Ciudad de Tenoth*, sumo sacerdote de los aztecas entonces y fundador de aquella población y que su jeroglífico es un tunal (*nochtli*) sobre una piedra (*tell*); el águila es un emblema de grandeza.

Ya tenían sentada reputación de intrépidos y disciplinados los aztecas, cuando, en el siglo xv, contribuyeron eficazmente á que el

---

(1) Según el Sr. Chavero, los chichimecas descendían de los otomíes, raza autóctona mejicana.

reino tezcucano, establecido en la margen oriental del lago antedicho, rompiese el yugo de sus vencedores los tepanecas. Entre Méjico ó la nación azteca, Tezcuco, y el pequeño estado de Tlacópan, concertóse entonces una alianza ofensiva y defensiva, tan notable por su larguísima duración, como por la exactitud con la cual fué observada, sin que jamás brotara desacuerdo alguno ni se hiciera irritante la superioridad de los aztecas.

Entre los últimos era electiva la soberanía: cuatro nobles principales y, á título honorario, los monarcas de Tezcuco y Tlacópan, escogían entre los hermanos ó, en su defecto, entre los sobrinos del difunto emperador, siendo requisito indispensable el haberse distinguido en la guerra. El soberano ceñía sus sienes con una mitra adornada de plumas, oro y pedrería; en la ceremonia de la coronación ponásela el rey de Tezcuco.

Varios consejos, en primer lugar el que se componía de los cuatro electores indicados antes, ayudaban en sus tareas de gobierno al jefe supremo. Poseía éste el poder legislativo; para cada ciudad importante y su distrito, nombraba un juez vitalicio, con facultades para fallar, tanto en primera como en última instancia, en lo civil ó en lo criminal, sin apelación posible. Para las provincias nombraba dicho juez un tribunal de tres individuos. Para causas menores había magistrados de elección popular. Magistrados subalternos vigilaban la conducta de las familias. No habiendo abogados, las partes se defendían por sí mismas; los tribunales—donde reinaban orden y decoro—procedían con rapidez; por medio de jeroglíficos se conservaban las actuaciones y se hacían saber las leyes. Incurrían en pena de muerte el juez sobornado, el homicida, ya de un hombre libre, ya de un esclavo, el tutor infiel, quien removía ajenos linderos ó alteraba las medidas corrientes, el derrochador, el joven que se embriagaba, el ladrón, cuando no era esclavizado. Lapidábase á los adúlteros; por excesos en la bebida perdía su rango y sus bienes un azteca de edad madura. Para cuestiones matrimoniales existía un tribunal especial, que sólo tras investigaciones prolijas decretaba el divorcio.

Los nobles, dueños de vastas haciendas, desempeñaban las más importantes funciones palaciegas y monopolizaban la administración de provincias y ciudades; muchos se manejaban como reyezuelos; 30, que disponían de combatientes á millares, habitaban en Tenochtitlan parte del año y tenían que dejar rehenes para el tiempo de su ausencia. Formaban la guardia del soberano individuos de la aristocracia.

Los sacerdotes—juntamente astrólogos, maestros de la juventud, guardianes de las pinturas jeroglíficas y las tradiciones—eran tan numerosos, que en sólo un templo de la capital se contaban 5.000. Tenían que rezar tres veces al día y una por la noche; hacer frecuentes abluciones; en penitencia, ayunar, maltratarse el cuerpo con espinas ó fieros azotes. Podían casarse. Usaban túnicas de algodón listadas de negro y blanco y muy largo el cabello. Dábase al sumo sacerdote el título de *teotecuhltli ó señor del dios* y consistía su distintivo en una borla al pecho. Las sacerdotisas cuidaban de enseñar á las niñas, las cuales, de igual modo que los varones, recibían educación severa. Aquéllos servían de auxiliares en las ceremonias del culto y atendían á la limpieza y el adorno de los templos. En el *calmecac* ó colegio superior, estudiaban administración pública, las rudimentarias ciencias existentes en el país, la interpretación de jeroglíficos y las tradiciones patrias. Los alumnos mejores eran recomendados para los destinos del Gobierno.

Además de adorar los aztecas á un dios criador, incorpóreo, perfecto, soberano del universo, creían en 13 divinidades principales,—á cuya cabeza figuraba la de la guerra ó Huitzilopochtli—y más de 200 inferiores. Á Quetzalcoatl, dios del aire, lo representaban blanco y barbudo y como un civilizador, que había enseñado á odiar la guerra y toda violencia, hacer ofrendas de pan, flores ó aromas, el uso del calendario y la escritura jeroglífica y la manera de trabajar metales preciosos. Tras una permanencia semejante por sus bienes y venturas á la de Saturno en el Lacio, había partido, prometiendo volver algún día con descendientes suyos, esto es, con blancos: parece conseja inventada en apoyo de la invasión española. Asombra que pueblo tan belicoso, tan extraordinariamente sanguinario como el azteca, adorase al benigno, al pacífico Quetzalcoatl (*serpiente emplumada*), á quien identificó el Dr. Sigüenza con Santo Tomás y nada menos con Noé, el norteamericano MacCulloch. En ninguna casa faltaban dioses penates. Dedicábanse á cada ídolo un día y una fiesta especiales.

Con solemnidad, ante parientes y amigos, imponíase nombre á la criatura, cuyos labios y pecho se rociaban con agua, pidiendo á la divinidad que la purificase del pecado primitivo. Según Prescott, practicábase la confesión, de secreto inviolable, acompañada de absolución, mediante penitencia. Considerándose enteramente imperdonable cometer por segunda vez un pecado, usaban los aztecas la superchería curiosa de aplazar para la vejez la confesión. Presentando

un testimonio de ésta, eximíase de castigo el individuo condenado por los tribunales. ¡Qué anomalía! el mismo sacerdote que recordaba al penitente la ineludible obligación de dar limosnas, prescribía el sacrificio de un esclavo. Según el Sr. Chavero, no había confesión oral, con un baño se borraban los pecados menores; se revelaban los graves con el número de pajas que, teñidas de sangre en su pinchada lengua, tiraba al fuego sacro el pecador. No pasaban de este mundo las expiaciones y consistían en trabajar para el templo durante un año ó más y hacer ofrendas.—Poníase al muerto un traje parecido al de su dios tutelar y, para que le sirvieran de talismanes en su jornada al otro mundo, le cubrían con pedacitos de papiro, llenos de inscripciones jeroglíficas. Se quemaba el cadáver y, recogidas en una urna las cenizas, guardábanse en la casa. Los funerales de los poderosos originaban inmoluciones de esclavos. Á veces enterrábase el difunto y, con él, crecidas sumas. De un sepulcro azteca vió el *Conquistador anónimo* sacar una cantidad de oro equivalente á 3.000 castellanos.—Crefíase que, terminada la existencia terrenal, iban los perversos á una mansión tenebrosa; á una especie de limbo los que morían de ciertas enfermedades; á los guerreros que perecían combatiendo ó inmolidos ante el ara, se atribuía el privilegio de acompañar al sol en su carrera, bailando y cantando, y el de animar posteriormente las nubes ó vivir en un ave canora. Igual premio que al combatiente muerto en la lid, asignábase á la esposa honrada que fallecía de parto.

Abundaban los *teocallis* ó templos, construidos sobre pirámides truncadas, de varios pisos, y rodeados de muros que los hacían equivalentes á fortalezas. En el mayor de Ténochtitlan, la fachada principal miraba al S. y daban á las vías más importantes las puertas de sus paredes exteriores. Por una escalera sin descansos, de 120 peldaños, subíase á la última plataforma, donde había una plazuela y dos capillas, la del E. consagrada á Huitzilopochtli; la del O. á Tlaloc, dios de las lluvias, cuyo altar, en las sequías, regábase con sangre de niños. Absorbente el sacerdocio azteca, apenas dejaba tiempo para otra cosa que las ceremonias del culto, muchas de las cuales consistían en cantares, en danzas, ya de ambos sexos, ya de guerreros y sacerdotes; en procesiones de mujeres y niños, llevando, en tributo de adoración, maíz sazonado, frutas, resinas olorosas, codornices que se mataban en crecido número; mas el rito capital consistía en sacrificios humanos. Para tener prisioneros con que verificarlos, se emprendieron numerosas guerras. Dada la disposición del *teocalli*, desde todas partes podía

contemplarse la satánica inmolación: sobre una gran piedra convexa por arriba, situada entre dos altares, donde ardía fuego perenne, cinco sacerdotes, untados de negro y reluciente betún, sujetaban fuertemente á la víctima, cuyo pecho hendía otro con un cuchillo de iztli, sustancia volcánica, y, arrancado el corazón, lo arrojaba á los piés de la deidad. Guisado después el cadáver, comíase en opíparo festín, al cual asistían personas principales de ambos sexos. Millares de individuos se sacrificaban anualmente; en el recinto del templo, en un lugar llamado *tzompantli*, se conservaban ordenadamente sus calaveras, ensartadas en varillas. Á veces, embadurnada de yeso la víctima, con plumas en la cabeza, provista de una porra y un escudo, estimulada por un licor, atada por un pié á la piedra de los sacrificios, que levantaban á la altura de un hombre, tenía que pelear, después de una danza y de un canto sacerdotales, con adversarios completamente armados. No bien herida, la derribaban sobre el ara de las inmolaciones y le sacaba el corazón el sumo sacerdote. Desde el patio del *teocalli* la multitud; desde una tribuna guarnecida de flores, la gente de viso, presenciaban la infame ceremonia. Con sacrificios humanos se solemnizaban la coronación ó los funerales de un monarca, no menos que la consagración de un templo: tantos cautivos se allegaron para la de 1486, que formaban una procesión de dos millas; inverosímilmente aseguran que eran 60.000.

Muy notable inmolación dedicábase á Tescatlepoça (*alma del mundo*): escogíase un joven hermoso, á quien, durante un año, prodigaban deleites y homenajes. En el plazo prescrito, despojado de sus galas, le inmolaban de la manera establecida. Á Xochiquetzal, diosa tutelar de los plateros, pintores, tejedores de plumas, etc., sacrificaban una mujer. Vestido con la piel de ésta y un traje igual al de la deidad, sentábase un artífice en las gradas del templo, aparentando tejer, mientras sus compañeros de ambos sexos, disfrazados de animales, bailaban llevando en la mano los utensilios de su oficio. ¡Qué horrible mezcla de ferocidad é insensatez! La nación que tan profusamente bañaba de sangre sus altares tenía asilos para los inválidos, hospitales,<sup>(1)</sup> y anualmente, á 6 de octubre, con bailes y farsas escénicas, ataviadas de flores las personas, casas, templos y calles, celebraba la *Despedida de las rosas*, en testimonio de su vivísima afición á estas y otras hijas de los jardines.

Todavía se conserva una piedra de sacrificios que figuraba en el

---

(1) Los había en Tenochtitlan, Tlaxcala, Tezcuco, Cholula.

*teocalli* mayor de la capital: es de traquita; tiene 18 palmos de longitud máxima, un poco más de ancho y cuatro de grueso, y pesa como 500 quintales. La adornan relieves pintados de rojo; resalta en su centro la imagen del *sol Tonatiuh*. Á la par que patíbulo, era monumento del astro del día en sus evoluciones varias.

Después de los sacerdotes, gozaban del mayor prestigio los guerreros, para cuyo premio existían órdenes militares y una especie de caballería subalterna. El que no se distinguía en los combates, aunque perteneciese á la familia imperial, debía cubrir su traje con una tosca tela de henequen. Los guerreros nobles se resguardaban con una acolchada y gruesa cota de algodón, tan útil, que la adoptó Cortés; la reemplazaban algunos jefes con una coraza laminada de plata ú oro, cubierta con un manto de plumas. Defendían su cabeza con un casco de madera esculpida ó de plata, que tenía un penacho y adornos de oro y pedrería. Llevaban, además, collares, brazaletes y zarcillos. Constaba el ejército de varios cuerpos, de 8.000 hombres cada uno, subdividido en fracciones de tres ó cuatrocientos. La bandera imperial, bordada de oro y plumas, ostentaba el escudo nacional. El arma característica era el *maquahuill*, clava lateral y alternadamente guardada con afiladas hojas de *iztli*.<sup>(1)</sup> Al son de cantos y gritos de guerra, á flechazos empezaba la pelea y después se combatía cuerpo á cuerpo, sin faltar retiradas ficticias y emboscadas. Más que matar á enemigos, procurábase aprisionarlos, fija la mente en los sacrificios del *teocalli*. Por el número de sus cautivos graduábase el valor de un guerrero. No se admitían rescates. Se observaba disciplina rigurosa.

No había castas, sí gremios, cada uno con su deidad, sus fiestas y barrios especiales. Seguía siempre el hijo la profesión del padre y era máxima que no bastaba la nobleza para mantener á su poseedor. Con instrumentos de estaño y cobre ligados,— pues no se conocían de hierro,— agregando á veces polvo de sílice, admirablemente se trabajaban los metales, el basalto, el pórfido, varias piedras preciosas; con plata y oro se hacían esculpidos jarrones ó se imitaban fielmente las escamas del pez, las galas del ave. Había muy hábiles alfareros; artifices que fabricaban con madera ó laca jarras y copas, á las que daban tintes vivísimos, proporcionados por sustancias vegetales ó minerales. Los indígenas tenían extensos tunales donde criaban la preciada cochinilla. Sabían hacer finísimos tejidos de algodón; mezclando éste con pelo de conejo y otros animales, producían telas de

---

(1) Esta obsidiana negra servía también para labrar sillares.

mucho abrigo y primor, que realizaban con bordados. Para tapices de casas ricas ó *teocallis* y para vestido, combinaban sobre un fondo de algodón vistosas plumas de papagayos y otras aves y exquisito plumón de colibríes, resultando un trabajo muy bello.

Gozaban de suma consideración los mercaderes, los cuales recorrían el país con hombres armados y, á causa de no haber acémilas, con cargadores, cada uno de los cuales llevaba 50 ó 60 libras de mercancías. Para toda suerte de causas, civiles ó criminales, tenían los mercaderes su tribunal particular; usaban insignias; eran consultados por el soberano, quien los distinguía con la calificación de *tios*; en muchos de sus viajes se ocupaban en el espionaje. Una vez sostuvieron victoriosamente, en la ciudad de Ayotlan, un sitio de cuatro años. En el código de Mendoza están representadas la ejecución de un cacique y su familia y la destrucción de su ciudad por haber maltratado á unos mercaderes. Entre los artículos de comercio se contaban los esclavos, para quienes existía á algunas leguas de Tenochtitlan, el gran mercado de Azcapotzalco, donde, vestidos con sus mejores trajes, exhibían sus habilidades. No habiendo tiendas, se realizaban las ventas en ferias, celebradas cada cinco días con mucho orden, bajo la inspección de magistrados especiales. Pagábanse los productos agrícolas, los artefactos, los esclavos, ya con un equivalente, ya con el polvo de oro encerrado en trasparente pluma, ya con pedazos de estaño en figura de T, ya con determinado número de granos de cacao, en un saco.

Honrábase mucho la agricultura: salvo los soldados y los nobles principales, todos, hasta los habitantes de las ciudades, cultivaban la tierra. Desempeñaban los hombres la mayor parte de las faenas agrícolas; las mujeres sembraban, hacían trabajos ligeros. Los terrenos de las provincias estaban divididos entre las familias de sus habitantes, que los labraban en común y no podían enajenarlos; cuando se marchaba ó extinguía una, procedíase á nuevo reparto. Más de un pueblo europeo pudiera imitar el regadío con que aseguraban los aztecas sus cosechas, las penas contra el desmonte. Dejábanse descansar las tierras agotadas; había pósitos excelentes. He aquí los objetos de cultivo: plátano, cacao, vainilla—para sazonar bebidas y manjares,—maíz,—aprovechado de muchas maneras, entre otras, como materia sacarina,—algodón, tabaco, maguey, cuyas hojas suministraban techo y papiro; las espinas,—agujas y alfileres; la raíz, nutritivo y grato alimento; las fibras, velos, telas bastas y cuerdas muy fuertes; el fermentado zumo, la bebida *pulque*, de la cual en solas

tres ciudades llegó á sacar el gobierno español una renta de 817.739 pesos. Conocíase el uso de muchas plantas medicinales. Parece que de los aztecas aprendió Europa los jardines botánicos, no menos que las casas de fieras.

Como demuestran dilatadas galerías, se explotaban minas de plomo, estaño, cobre y plata. Ya en la superficie del suelo, ya en el álveo de ríos, encontrábase el oro. Aunque abundante el hierro, no se utilizaba. Se usaron el nácar, ágata, coral, ópalo, rubí, zafiro, la perla, turquesa, esmeralda.

Eran muy onerosas las contribuciones y se pagaban en materias primeras ó labradas, frutos, animales; consistían las de ciertas poblaciones y distritos en proveer de víveres y otras cosas la casa imperial y proporcionarle obreros y materiales para sus construcciones. Además de las provincias y donativos mil, contaban los sacerdotes con el producto de tierras por extremo extensas.

La lengua mejicana, dialecto del nahoa, era copiosa y expresiva. Si bien se conocían las tres clases de jeroglíficos, se prefería la más atrasada ó figurativa. Los manuscritos se componían de una tela de algodón, pieles bien adobadas, una composición de seda y goma ó generalmente, de maguey, á manera de abanico, entre dos tablillas. Separadamente podía consultarse cada hoja, que no tenía tamaño fijo. Gran número hizo quemar D. Juan de Zumárraga, primer arzobispo de Méjico; más de un jefe militar imitó su fatal ejemplo. Los himnos y canciones enseñadas en las escuelas contribuían, con los jeroglíficos, á perpetuar las tradiciones, los sucesos históricos y la mitología.

En el sistema aritmético mejicano los cuatro primeros números eran los radicales y se representaban con puntos, de igual modo que los siguientes hasta el 19 inclusive. Una bandera servía de signo al 20; una pluma al 400; una bolsa ó un saco al 8.000; pedazos de dichos objetos, á las correspondientes fracciones.

El año civil, regulado por el solar, se dividía en 18 meses, cada uno de 20 días, repartidos en cuatro semanas iguales. Se agregaban al año cinco días aislados, tenidos por funestos. Las incompletas seis horas sobrantes se iban acumulando hasta sumar doce y medio días, que se intercalaban cada 52 años. Dice Prescott: «La intercalación de 25 días »cada 104 años ofrece, entre el año civil y el solar, concordancia más »ingeniosa que la de ningún calendario europeo, pues en más de cinco »siglos pérdese un día únicamente.»<sup>(1)</sup> Inclínase el ilustre historiador

(1) *Historia de la conquista de Méjico*, cap. IV del libro 1.

mencionado á creer que tan notable arreglo se debiese á los toltecas. Señalábase cada año con un jeroglífico especial; con un abundante haz de cañas se figuraba el ciclo de 52 años. Se dividía éste en cuatro menores. Por las Pléyades se determinaba la época de las fiestas. Usábase el cuadrante solar.

Aunque independiente de las revoluciones lunares, llamaban los sacerdotes *cálculo lunar* el calendario que seguían para sus sacrificios, fiestas y conjeturas astrológicas, fundadas las últimas, menos en la influencia de los astros que en los signos arbitrariamente adoptados para los meses y los días. Ciegamente creída la astrología, no bien nacida una criatura se averiguaba su horóscopo.

Temían los mejicanos que al fin de cada ciclo de 52 años acabara el mundo, y así, durante los cinco días complementarios del año postrero de aquella serie, entregábanse todos al dolor, rompían sus idolillos domésticos, sus muebles, sus ropas; no renovaban el fuego del hogar y dejaban extinguirse el de los templos. En la noche del último día encaminábase una procesión á la cumbre de un monte, distante dos leguas de la capital, hacia donde ávidamente se dirigían las miradas de la multitud, esparcida en azoteas de casas y *teocallis* y otras partes. Inmolado el más importante cautivo, en su pecho estre-gábanse palitos para encender el nuevo fuego, al tocar el zénit las Pléyades. Se inflamaba entonces una pira para que devorase el cadáver, y así que se desenvolvía la llama, entre los vítores del gentío, numerosos correos prendían antorchas en ella para llevar á las provincias el regocijo, la renovación de la vida, por decirlo así. Entre los festejos con que durante 13 días celebrábase el acontecimiento, se contaban juegos y bailes emblemáticos de la regeneración del mundo, inventados por los sacerdotes.

Á pesar de ser lícita la poligamia, disfrutaban de muchas consideraciones las mujeres, cuyos atractivos no han heredado sus actuales descendientes. Las ricas llevaban hasta cuatro camisás con labores y de diversos tamaños y enaguas; se adornaban con perlas y pedrería; calzábanse con sandalias pintadas y doradas; de maguey forrado de algodón, para los hombres.—Á cuestras de una matrona, que escoltaban cuatro ancianas con antorchas encendidas, era trasportada la novia á la casa de su futuro esposo, adornada con ramas y flores. Al encuentro de la joven salía aquél, y después de sahumarse mutuamente, sentábanse, en la sala principal, sobre una estera, donde se ponían víveres, encendíase el hogar y humeaba resina copal. Simbolizando la unión conyugal, la matrona ataba por sus ropas á entrambos

contrayentes. Seguían un festín y baile, comenzando después cuatro días de penitencia y oración, pasados los cuales los novios eran conducidos al tálamo por los sacerdotes, á quienes debían regalar los muebles y mantas <sup>(1)</sup> del cuarto nupcial.—Existía, si bien muy restringida y velada, la desastrosa prostitución.

El traje de los aztecas principales consistía en un lujoso taparrabo y un manto de algodón, con dibujos y franja, reemplazado en invierno por otro de plumas. Usaban largo el cabello, atado de varios modos; andaban con la cabeza descubierta, excepto en la guerra ó en las fiestas. Para ellas se pintaban el rostro; para las solemnidades religiosas, las mujeres.

En los banquetes prodigábanse las flores y yerbas aromáticas, ya alfombrando el suelo, ya en presentes á los convidados. Éstos, sin mezclarse los sexos, se sentaban en taburetes, delante de esteras, cada cual provisto de una servilleta de algodón y de agua para las abluciones que precedían y seguían la comida. Entre los copiosos manjares, descollaba el pavo; entre las bebidas, el chocolate con vainilla. De concha, plata ú oro eran las copas y cucharas. Poetas, juglares y bufones amenizaban el festín. Apretándose la nariz y aspirando el humo, fumábase el tabaco, ya en pipa, mezclado con sustancias olorosas, ya en cañutos de concha ó plata y no faltaban quienes lo prefirieran en polvo. Al retirarse el concurso, le obsequiaban con trajes y atavíos.

Vivía el pueblo en chozas de adobes y cañas; los ricos, en extensas, cuadrangulares y sólidas casas de *tetzontli*, piedra roja y porosa, generalmente de un piso, con pórtico realzado por jaspe y pórfido, con patio en que bullía un surtidor, con azotea, rodeada de un antepecho, en la cual se cultivaban flores. Siempre había capilla para los penates y baño. Las paredes estaban pintadas de colores brillantes ó hermoeadas con tapices; extendíanse en el suelo alfombras de plumas ó pieles. Ricas telas vestían los asientos; pebeteros perfumaban el ambiente. Cortinas sustituían las puertas. Entre cada dos edificios solía mediar un jardín.

Irregular é inmenso conjunto de construcciones bajas era el palacio imperial, análogo en sus adornos á las moradas de los magnates. Comprendía crecido número de salas y cuartos, el serrallo, vigilado por matronas, un granero, almacenes donde se guardaban los tributos,

---

(1) Dormían los aztecas sobre un montón de esteras, cubierto por mantas.

un arsenal, la mayordomía, con infinidad de ordenados registros en jeroglíficos, una vasta pajarera, atendida por 300 hombres, diez estanques para peces y aves acuáticas, una colección de fieras, serpientes y demás reptiles, otra de monstruos humanos, baños, jardines en que predominaban las plantas medicinales, el principal recurso terapéutico del país. Veraneaba Motezuma en el monte de Chapultepec, á donde le convidaban un panorama espléndido y un parque de varias millas de extensión. En su orgullo desmedido, exigía aquel soberano que hasta los servicios ínfimos de palacio fuesen desempeñados por nobles. En riquísimas andas, sostenidas por cuatro de aquéllos, bajo un palio de plumas, oreado por enormes abanicos, barriéndole y alfombrándole el tránsito personajes, se presentaba en público y casi nadie conocía su persona, por no ser lícito levantar á él la mirada. Sumaban millares de individuos la servidumbre del soberano, sus bufones, mimos, bailarines, volatines, etc.

No consta la extensión del imperio mejicano en su apogeo: la calcula Prescott en menos de 16.000 leguas cuadradas. En ese espacio había climas diversos y gran variedad de producciones vegetales. Á la conquista debieron los sanguinarios aztecas su engrandecimiento; por ella perecieron. Su capital Tenochtitlan, que brotó pobre y oscura en las salobres aguas del lago de Tezcuco, llegó á tener próximamente tres leguas de circuito y por lo menos, 60.000 viviendas. Tres sólidas calzadas de piedra—la de Iztapalapan, la de Tepejacac y la de Tlacopan,—por las cuales podían pasar de 10 á 12 ginetes de frente, la enlazaban á la tierra firme. Cortaba la primera, á media legua de la ciudad, un muro de 12 piés de alto, con una puerta en el centro y flanqueado por dos torres. Las más de las calles eran angostas y de pobre aspecto; algunas, anchas y larguísimas; una atravesaba toda la ciudad en línea recta, ofreciendo hermosa perspectiva con sus jardines y edificios. Surcados continuamente por piraguas, prestaban á la ciudad animación y carácter especial numerosos canales; varios con buenos muelles; muchos con puentes levadizos. Poetizaban el lago, fingiendo verdes y floridas isletas flotantes, las *chinampas*, especie de balsas de juncos, cañas y otras materias bien adheridas, con un grueso de tres á cuatro piés y la longitud de 200 á 300, cubiertas de tierra fértil, donde se cultivaban legumbres y flores para la venta. Veíanse algunas con su cabaña y arbustos. Movíanse á impulso de una pértiga.—Enorme concurrencia agolpábase cada cinco días en el vasto mercado, de pórticos espaciosos.—Por caños de barro que orillaban una calzada construida al intento,

recibía Tenochtitlan del monte de Chapultepec abundante y excelente caudal de agua potable. Segunda cañería se reservaba para el caso de cualquier entorpecimiento en la primera. Mil hombres barrían y regaban diariamente las calles, cosa que probablemente no sucedía entonces en ninguna capital europea. Cerca de Tenochtitlan florecían Iztapalápan, famosa por sus jardines, y varias ciudades, de tres á seis mil casas, levantadas sobre estacas y cuya principal iudustria se cifraba en la sal.

Dice Prescott: «El tipo nacional de los aztecas era completamente original, compuesto de elementos, al parecer, contradictorios; reunía las más salientes particularidades de diversas naciones en todas las fases comprendidas entre la suma civilización y la extremada barbarie.»<sup>(1)</sup>

Los aztecas modernos, moralmente ni sombra de sus antepasados, son un término medio entre los dolicocefalos y los braquicefalos, fornidos, de regular estatura, de angosta frente, de pómulos pronunciados, de nariz aguileña ó achatada, de facciones toscas, de semblante sombrío y algo estólido, de tez que varía entre amarillo oscuro y chocolate, de piel gruesa, de barba y bigotes escasos.<sup>(2)</sup> En los albores de la juventud, son bonitas las mujeres. Ambos sexos tienen extremidades pequeñas. Los aztecas se parecen mucho á los pueblos mongólicos del N. y E. del Asia.

Cultura superior á la de los aztecas alcanzaron los acolhuas, de igual origen, quienes, habiendo entrado en el valle de Méjico á fines del siglo XII, fundaron á Tezcuco, su capital, enfrente de Tenochtitlan, en la margen oriental del lago. Extendiéronse gradualmente hacia el N. del Anahuac; mas, por el año 1418 después de C., cayeron bajo el dominio tepaneca. Los libertó su príncipe Nezahualcoyotl, soberano, después, el cual se distinguió como guerrero, legislador, poeta filosófico y sentido, protector de la industria, especialmente de la agricultura y de los conocimientos. Con el impropio título de *Consejo de música* fundó un tribunal destinado á juzgar trabajos de cronología, historia, astronomía, poesía y examinar á profesores y alumnos. Con pena de muerte se castigaba en un narrador la voluntaria alteración de la verdad. Adquirió Tezcuco preeminencia intelectual; acudíase á ella en busca de saber y su idioma era preferido por los autores. Para su residencia y otros fines, ordenó Nezahualcoyotl suntuosas

---

(1) *Historia de la conquista de Méjico*, t. I, c. v.

(2) En Tenochtitlan había barberos.

construcciones, cuyas ruinas proporcionaron posteriormente materiales á numerosos edificios de los conquistadores. Celébrase el sitio real de Tezcotzinco, regado por un acueducto de machones enormes y que, por espacio de algunas millas, atravesaba colinas y valles.

Á fines del siglo XII, d. de C., se establecieron en la ribera occidental del lago de Tezcoco los tlaxcaltecas,<sup>(1)</sup> de la propia cepa que los aztecas; después, por la hostilidad de sus vecinos, se trasladaron á un montañoso territorio de diez leguas de ancho y 15 de largo, en cuyos fértiles valles se dedicaron á la agricultura, su ocupación favorita, sin perjuicio del comercio, muy estimado, ni de varias industrias, artes y conocimientos. Formaron por fin cuatro estaditos independientes, pero confederados, é instituyeron una especie de feudalismo. Para premiar servicios militares y civiles fundaron una orden de caballería. En un templo colocaban la imagen del general que volvía con muchos prisioneros y despojos. También premiaban á los vencedores en públicos ejercicios de habilidad y fuerza. Gracias á su vigor, á su denuedo, á su carácter varonil, altivo, frustraron las numerosas tentativas de los aztecas por conquistarlos. Sin duda por la comunidad de origen con aquéllos, tenían su religión, su culto sanguinario, incluso los banquetes de víctimas, su calendario, muchos usos y leyes suyas, como también su arquitectura. Juntamente con los rudos y belicosos otomíes, á parte de los cuales habían concedido tierras, contribuyeron extraordinariamente á derrocar el imperio de Motezuma.

Á unas seis leguas de Tlaxcala estaba Cholula, capital de la república de igual nombre y sumamente antigua. Semejante á una colina, cubierta de vegetación, todavía existe la pirámide truncada, de alternas capas de ladrillos y barro, de cuatro pisos, de base que abarca unas 18 hectáreas, así como media la meseta superior, sobre la cual erigió Cholula ostentoso templo al dios Quetzalcoatl, templo regado con sangre de víctimas humanas y que visitaba multitud de peregrinos. Aquellos republicanos eran dados á la molicie, más astutos que valientes; casi dependían de los aztecas; sobresalían en cerámica fina, en trabajar metales, en tejer maguey y algodón.<sup>(2)</sup>

---

(1) Tlaxcala significa *Tierra del pan*.

(2) Para este capítulo y el relativo á los peruanos, me han suministrado excelentes datos las historias de las conquistas de Méjico y del Perú por el insigne Prescott, gloria de los Estados Unidos.

## CAPÍTULO IV

### ABORÍGENES ANTILLANOS.

Presentando una superficie de 112.191 kilómetros cuadrados, encórvase á la entrada del golfo Mejicano la isla de Cuba ó *Reina de las Antillas*, muy desproporcionadamente larga respecto á su anchura<sup>(1)</sup> y es importante por la feracidad de sus tierras, las maderas útiles ó de lujo de sus magníficos bosques, sus minas de cobre, su tabaco inmejorable, su enorme producción de azúcar, sus numerosos y buenos puertos. Es muy montañosa en su parte oriental, bastante en el O. y algo en el centro; está mal regada, á causa del curso y caudal escasos de sus ríos. Si no pocas veces la hiere la naturaleza con terremotos y los más terribles huracanes, en cambio la dispensa de fieras y serpientes ponzoñosas.

Tocante á los primitivos habitantes de Cuba reina la misma obscuridad con que se tropieza al tratar de los otros pueblos americanos. Opinan algunos que descendían de los araucos ó aroacas, tribu sur-americana; provenían de la Florida, según Herrera; pero ¿cómo conciliaba éste su apocamiento con el carácter indómito y belicoso de los ascendientes? Los cubanos, lo mismo que sus congéneres los lucayos, se daban el nombre de *ciboneyes*. Si bien con vocabulario muy distinto, entendían á los de la Española (Santo Domingo y Haití) y aún á los mayas, si es exacto un dato de Pedro Mátyr.

Tenían negro y lacio el cabello, frente deprimida por artificio, rasgados ojos, nariz ancha, tez morena, mediana estatura. Generalmente andaban en carnes. Como dijo Colón en su *Diario* y después han asegurado escritores diversos, eran mansísimos, bondadosos,

---

(1) Mil cuatrocientos cincuenta kilómetros median entre la punta de Maisí y el cabo de San Antonio, extremos de la isla por el E. y el O. respectivamente. No pasa de cien kilómetros su anchura media.

incapaces de maldad. Salvo los de la parte oriental, forzados por invasiones de caribes á empuñar las armas, los demás empleaban únicamente en la caza sus flechas y porras; gozaban de una vida paradisiaca. Cultivaban judías, maíz, yuca, boniato, patata, ñame, y á tan nutritivos alimentos añadían pesca, iguanas, aves, carne de hutía, del curiel ó corí—especie de conejo,—del supuesto perro mudo y del tacuache, únicos animales cuadrúpedos conocidos en el país. Sustituían el anzuelo con el *echeneis naucrates*, pez de un palmo, que, atado á un cordel, echaban al agua para que se adhiriese á otros peces ó tortugas. Á causa de la pesca, solían estar en las costas los pueblos, de chozas ó bohíos diseminados, que, al abrigo de árboles, se construían con estacas y hojas de palma, sin faltar en ninguno un colgadizo y, para la salida del humo, una especie de linterna. Ante la morada del cacique había una plaza para el juego de pelota y los *areitos*, bailes coreados, al son de pitos y tamboriles. En la última diversión tomaban parte ambos sexos ó solamente uno: el masculino se confortaba con *chicha*, bebida compuesta de agua y maíz fermentado. Fumábase el tabaco introduciendo en las narices un cañutito de barro, parecido á Y, donde ponían encendido un pedazo de hoja. Tragando el humo, llegaban á embriagarse completamente. ¡Cuánto se sorprendería Oviedo, que llamó *vicio muy malo* el fumar, al ver que en las cinco partes del mundo, monarcas y proletarios, sabios é ignorantes, hasta encopetadas señoras, han adoptado con excesivo ardor el pasatiempo de los míseros indios y que de él sacan los gobiernos crecidísima renta!

Dividíase Cuba en 30 estaditos independientes, regido cada uno patriarcalmente por un cacique hereditario. Suele decirse, aunque no parezca verosímil en tan rudimentaria é inocente sociedad, que había nobles ó *naitanos* y plebeyos ó *naborías*; que los primeros y el soberano usaban asientos en forma de cuadrúpedos y los demás se ponían en cuclillas. Dormían todos en hamacas de algodón, al calor de una hoguera, necesaria por su desnudez y el fresco de la noche.

Se adoraban ídolos: unos, comunes á todos; otros, especiales á cada familia. En honor de los primeros, iban todos procesionalmente al templo, tocando un tamboril el cacique y llevando las mujeres canastillos de flores y cazabe, que, al compás de un canto, ofrecían á la supuesta deidad. Repartíase después aquel pan á los jefes de familia y concluía la ceremonia con una danza de mujeres y una oración. Los sacerdotes eran, además, adivinos, médicos y autores de los versos cantados en los areitos y que se referían al dogma ó algún acontecimiento. Suponíase que el alma, después de abandonar el

cuerpo se trasladaba á una cueva y necesitaba alimento y bebida. Tomábase por voz de ánima errante el eco de una caverna.

Privados por la conquista de su inocente y modesta felicidad, condenados á rudas faenas, incompatibles con sus fuerzas y costumbres, murieron de tristeza muchos ciboneyes; suicidáronse otros. Al mismo tiempo hicieron sumo estrago las viruelas. En 1532, á los 21 años de haber llegado á Cuba Diego Velázquez con los primeros colonizadores, de la numerosa población indígena quedaban solamente 4 000 personas.

Sus hijos llamaban Haití ó *Tierra de montañas* y también Quisqueya ó *Tierra grande, Madre de las tierras*, la isla que denominó Colón Española, por juzgar que se parecían á los de Castilla, sus montes, valles, campos, vegetación, peces y aves.<sup>(1)</sup> Tiene unos 660 kilómetros de largo, como 260 de ancho y, próximamente, la superficie de Irlanda. Reclús le concede la primacía entre las Antillas por la altura de su relieve, sus variadas formas, la belleza de sus horizontes, la fertilidad de sus valles. Según el mismo geógrafo, estudiadas sus profundidades submarinas, descúbrese que Haití es el tronco, del cual son ramas Cuba y Jamaica y raíz Puerto Rico. En el central de sus tres sistemas orográficos se hallan los auríferos montes del Cibao. Por su extensión y hermosura sobresale entre sus llanos la Vega Real, hoy valle del Cibao, que ocupa 140 millas de longitud y 14 de anchura, por término medio. La isla está bien regada y el río principal es el Artibonite. Caliente y húmedo el clima en las llanuras, pasa á fresco y aún frío en las montañas. Con ser muy grande la riqueza vegetal de Cuba, cede á la de Santo Domingo y Haití. La fauna es pobre: en ella se citan el agutí, roedor del tamaño de una liebre, palomas, aves acuáticas, que depositan guano y fosfatos de cal en las islitas adyacentes muchos lagartos, serpientes inofensivas, tarántulas, escorpiones.

Á Colón parecieron más hermosos los haitianos que los naturales de Cuba y las Lucayas y juzgó que, vistiéndose al uso de Europa, serían tenidos por hijos de ella, dado su color; dijo que para preservar del sol su piel, se pintaban de negro y otros tintes, en especial de rojo; los consideró *gente de amor y sin codicia*, amante del prójimo cual de sí propia; de habla dulce y placentera; vistas la anchura de sus caminos y la regularidad de sus poblaciones, los tuvo por más

---

(1) Véase el *Diario* de Colón. Sorprende que hombre tan sabio como Elíseo Reclús diga: "Colomb, qui découvrit l'île en 1492, l'appela Española ou Petite Espagne.", (*Nouvelle Géographie universelle*, t. XVII, pág. 730.)

adelantados que sus vecinos de Cuba. Aunque generalmente mansos, había tribus avezadas á pelear, sobre todo por la necesidad de resistir incursiones de caribes. Habíanse establecido éstos en la península de Samaná, en la montañosa Macorix, en la comarca de Higüey, al extremo occidental de la Española<sup>(1)</sup> y uno de ellos, el intrépido Caonabo, llegó á enseñorearse de la región llamada Maguana, donde los téricos montes del Cibao convidaban con oro abundante.

Al llegar el almirante, se hallaba dividida la isla en cinco estados independientes, cada uno bajo la absoluta autoridad de un cacique, de quien dependían otros. Dueño de todas las tierras, las hacía cultivar por su pueblo y de sus productos daba á cada súbdito la cantidad necesaria á su manutención.<sup>(2)</sup> Reforzaba su prestigio con los oráculos del *cemí*, divinidad subalterna, oráculos que pronunciaba un sacerdote, escondido, lo mismo que el tubo de barro usado al intento. Había nobles (*naitanos* ó *nitainos*), á quienes, como al cacique, se reservaban las iguanas y otros manjares preciados.

Asegura Irving que los haitianos creían en un ser supremo, inmortal é invisible<sup>(3)</sup> nacido de madre únicamente. Además del *cemí* especial del cacique, en apariencia consultado por él respecto á cualquier asunto importante y acatado por la nación, tenía el suyo cada familia. Dependían de *cemis* los mares, fuentes, ríos, los fenómenos de la naturaleza, la caza, la pesca. Llegaba el delirio supersticioso al extremo de robar unos caciques á otros sus *cemis*, cuando los creían más poderosos que los suyos, y, sin embargo, el delito de robar, sumamente raro, se castigaba rigurosamente. Los haitianos suponían á la especie humana oriunda de cavernas; cuando éstas, por comunicarse con el mar, producían ruidos misteriosos, les atribuían funciones orgánicas. Á unas seis ó siete leguas del cabo Francés, vió el jesuíta Charlevoix la gruta de donde, según aquellos indios, habían subido al cielo, para ser deidades, el sol ó Jocauna, y su madre la luna (Mamona).<sup>(4)</sup> Contaba original tradición que, durante mucho tiempo, habían vivido sin compañera los primitivos hombres y que, por fin, habían visto cerca de un lago, corriendo por las ramas de los árboles, unos seres, escurridizos como anguilas, que tomaron por

---

(1) Véase á Oscar Peschel, *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen* pág. 154.

(2) Id., id., pág. 150.

(3) Lo contrario dice Peschel: "Der Glaube an einen Schöpfer scheint ihnen gefehlt zu haben.", Pág. 145.

(4) Peschel, obra citada, pág. 145.

animales y resultaron mujeres. Solamente recurriendo á individuos cuyas manos había puesto áspera la lepra, pudieron pillar á cuatro, con las cuales empezó la propagación de la especie humana.<sup>(1)</sup>

En las inmediaciones de San Juan de Maguana visitó sir Ricardo Schomburgk el *Cercado de los indios*, especie de *cromlech*, formado por graníticas piedras que pesarán de 30 á 50 libras, en un espacio de 21 piés de anchura y más de 2.000 de largo. En el centro hay un trozo de granito, de cinco y medio piés de longitud, medio hundido; se vislumbra un ídolo entre sus casi borradas esculturas. En concepto de Mr. Schomburgk, hizo tal monumento un pueblo anterior al encontrado por Colón en la Española.

Con veneración guardaba cada cacique tres piedras, á manera de talismanes, suponiendo que la primera influía favorablemente en las siembras; la segunda, en los alumbramientos; la tercera, en las lluvias y el buen tiempo. En obsequio de su *cemí* presidía el cacique una ceremonia igual á la descrita al tratar del culto ciboney. Muy entendidos herbolarios los sacerdotes, acudían con medios botánicos á las enfermedades, acompañando aquéllos con prácticas supersticiosas. En su cuerpo llevaban pintados sus ídolos; ayunaban rígidamente; hacían abluciones; en la embriaguez real ó ficticia que les ocasionaba la infusión de cierta yerba, buscaban sincera ó engañosamente el conocimiento de lo futuro y de los remedios útiles á las enfermedades.

Con areitos se celebraban las ceremonias religiosas, los funerales ó las bodas del cacique, las victorias y, según el caso, danzaban ambos sexos juntos ó uno solo. El corifeo indicaba los movimientos y cantaba un verso, repetido por los bailadores. Muchas horas seguidas duraba la fiesta. Antes de comenzar una campaña, reuníanse los guerreros á entonar un canto relativo á sus proyectadas operaciones. Lo mismo que en Cuba, recordaban los *areitos*, ya el dogma, ya tradiciones, ya sucesos.

Salvo los caciques y nobles, eran monógamos los haitianos. En todo harem había una esposa legítima. Los hombres andaban completamente desnudos, lo mismo que las doncellas, quienes podían danzar en los *areitos*; las casadas ó concubinas se cubrían hasta medio muslo con un paño de algodón, que en las mujeres principales llegaba al tobillo. Durante el tiempo dedicado á recoger oro en los ríos, observábase ayuno y continencia, lo cual sugirió á Colón la singularísima

---

(1) Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, lib. 6.º, cap. x.

idea de exigir á los españoles que se preparasen á igual trabajo por medio de la confesión y comunión para que bendijese el Señor sus esfuerzos. Cuando parecía inminente, segura, la muerte de un cacique, lo estrangulaban para evitarle un fin vulgar; en el mismo caso, abandonaban en su hamaca al plebeyo, dejando á su cabecera cazabe y un cántaro de agua. El cadáver del soberano ó del noble se envolvía en tiras de algodón y adornado con joyas, en un asiento, lo colocaban en una fosa de madera, que se cubría con tierra. En la soledad de Soraya, dominio del cacique de los muertos, en la parte occidental de la isla, se congregaban las ánimas; ocultas, de día, en las concavidades, vagaban de noche y comían mameyes, frutas que ningún vivo tocaba para que no llegasen á carecer de ellas los difuntos. Creíase en un paraíso con umbrías, árboles frutales, vírgenes hechiceras, situado, según muchos, en la risueña comarca de Jaragua, famosa por los atractivos de sus hijas.

Los haitianos se proporcionaban lumbre haciendo girar violentamente un palito entre dos pedazos de madera seca, fuertemente atados. Con hachas de piedra y cuchillos de concha de mariscos labraban ídolos, asientos y adornos para sus piraguas. Derribado con sus pobres hachas un árbol, por robusto que fuese, con fuego lo ahuecaban para hacerse una embarcación plana, que, á remo, volaba por el mar y temerariamente llegaba á Cuba, Jamaica, Puerto Rico y aún al continente. Con frecuencia zozobraba; pero sus hábiles y valerosos tripulantes, nadando, la reponían á flote. En Jamaica se construían las mayores canoas: una vió Colón, en 1494, con 96 piés de largo y ocho de anchura. Sabían los haitianos fundir el oro y darle forma.

¿Cuántos indígenas había en la Española al descubrirla el Genovés? De tres á cuatro millones, según Bartolomé de las Casas; dos al decir de Benzoni; al de Gomara, uno; en concepto de Peschel, 300.000 escasos. Oigamos al historiador Gonzalo Fernández de Oviedo: «Y es opinión de muchos que lo vieron é hablan en ello, como testigos de vista, que falló el almirante, quando estas islas descubrió, un millon de indios é indias ó mas, de todas edades, ó entre chicos é grandes de los quales todos é de los que despues nascieron, no se cree que hay al presente en este año de mill é quinientos y quarenta é ocho, quinientas personas entre chicos é grandes que sean naturales é de la progenie ó estirpe de aquellos primeros.» La causa principal de tan horrible mortandad, según confiesa Oviedo mismo, bien poco indulgente con los aborígenes, fué la inexorable codicia de los colonos, quienes, á favor de la distancia, esterilizaban la infatigable soli-

cidad, las generosas y reiteradas órdenes de Isabel la Católica en favor de aquellos desventurados. Colón, por la necesidad de justificar con riquezas la importancia de sus descubrimientos y compensar á la Corona los crecidos gastos originados por ellos, sacrificó su conciencia, manchó su memoria, enviando á España indios para que se vendieran como esclavos; impuso excesivos tributos, que produjeron rebeliones, sofocadas por las armas y perros de presa; para satisfacer á Roldán y otros rebeldes, se prestó á establecer las *encomiendas* ó *repartimientos*, en virtud de los cuales asignábase á cada colono cierto número de indios, como siervos. Gente acostumbrada á la independencia y ventura del ave en los bosques, se vió sometida á las rudas faenas de las minas y las haciendas de azúcar, sin más retribución que deficiente alimento de la peor calidad: los que no murieron de agotamiento de fuerzas ó de desesperación, apelaron al suicidio. Por la imparcialidad y elevación de ideas, por la abundancia de sus datos, merecen leerse las páginas que en su Historia de la Geografía del Nuevo Continente dedicó á tan lúgubre asunto Alejandro de Humboldt, coloso de la ciencia alemana. ¡Pavoroso destino el de la isla Española, inundada primero en lágrimas y sangre de indios, luego en las de negros y, posteriormente, á la luz de incendios mil, convertida en matadero de esclavistas!

Una ó dos generaciones antes del descubrimiento de América habían conquistado á Guadalupe y demás Antillas Menores, exterminando á la población masculina, los caribes, quienes se decían descendientes de Calinago ó Calina y, según las tradiciones, analogía de costumbres y filiación del idioma, proventan de Venezuela, las Guayanas ó el Brasil. En lengua tupi *cari-aiba* significa *perverso*, *pirata*, *antropófago*; mas ellos le atribuyeron el sentido de *hombre de talento*. Según Vespucci, los indígenas de la costa de Paria llamaban *carabes* á los navegantes españoles para calificarlos de *muy instruidos*. Caribe era también sinónimo de héroe. Dice A. Reville que los indios así denominados tenían elevada estatura, esbeltez, vigoroso cuerpo, color que, de moreno, pasaba á casi blanco en algunos países; ojos pequeños, pómulos y quijada inferior salientes, nariz pronunciada y bastante gruesa, cejas delgadas, boca grande, escasísimas barbas, cabello lacio. Muy largo usaban éste los hombres y las mujeres, á diferencia de los demás indígenas, que se lo cortaban y hacíanse en la cabeza muy caprichosos dibujos. Andaban desnudos ambos sexos; abultábase el femenino las pantorrillas, apretando fuertemente con unas como aorcjas de algodón la proximidad de la rodilla y del tobillo.

Diestros navegantes los caribes, alejábanse de las costas hasta 150 leguas, en piraguas que les habían costado años de trabajo y solían ser de 40 piés de largo por siete ú ocho de anchura y donde cabían 50 personas. Guiándose de noche por las estrellas, surcaban el mar á impulso de sus velas de algodón ó al de sus remos; en el segundo caso, entonaban una canción que dirigía el piloto. En el extremo de sus flechas ponían huesos de tortuga ó espinas de pescado, que emponzoñaban con zumo de una euforbiácea (*Hippomane mancinella*). Diez de ellos bastaban para ahuyentar á cien haitianos; de indómito valor, no temían ni las armas de fuego ni los grandes buques europeos. En sus expediciones observaban disciplina estricta y tomaban por jefes á los de más edad, atendiendo, sin duda, á su experiencia. Tributaban mucha consideración á los dueños de piraguas ó extensas tierras. Guerreaban para proporcionarse cautivos; de éstos devoraban á los hombres; después de infame y feroz castración, empleaban en su servicio á los niños y se los comían cuando adultos; á esclavas ó mancebas destinaban las prisioneras y no perdonaban á los hijos habidos en ellas. Únicamente se casaban con mujeres de su raza, quienes, hábiles en el manejo del arco, peleaban á su lado; unos y otros, para darse más temible aspecto, se pintaban de negro el contorno de los ojos. No creía Las Casas en la antropofagia de los caribes; opina Du Tertre que, si bien dañando los más su salud, la practicaban en odio vehemente á sus enemigos; conjetura Reclús que tal vez lo hiciesen por superstición, creyendo acrecentar su valor si devoraban el corazón del contrario; ¿pero acaso no consumían también otras partes del cuerpo humano? Sospecha Irving que el canibalismo caribe existió solamente en el terror de los indios y en la preocupación y erróneas observaciones de los españoles. Distinguíanse los caribes por su energía moral, su bravura, su amor á la independencia, su inquebrantable adhesión al amigo, su hospitalidad á toda prueba. Tal vez exageradamente, calcula Pedro Martyr que, desde 1492 á 1515, arrebataron á Puerto Rico más de 50.000 hombres los caribes de Guadalupe, Santa Cruz y Ayay. Adoraban los astros, particularmente la luna y creían que sus héroes muertos se trasformaban en estrellas; imaginaban que dos deidades, una, productora del bien, otra, del mal, sostenían pugna perenne. Dicen que no tenían templos ni, en días fijos, ceremonias religiosas. Antes de su iniciación en el sacerdocio, los que á él habían de consagrarse preparábanse, á la edad de diez á doce años, viviendo dos en una soledad, sin más alimento que vegetales. Según las investigaciones de Luciano Adam, en las Antillas

Menores hablábase el galibi ó idioma de los conquistadores caribes y el arauaco, más desarrollado y rico, en uso entre las mujeres que habían sobrevivido al esterminio de la población masculina primitiva. Por el año 1796, cansados los ingleses de las molestias que les causaban los caribes, los trasportaron en masa de las islas San Vicente y Dominica á la de Ruotan en la costa de Honduras; hoy los descendientes de aquellos deportados señálanse en dicha república por su vivo amor al trabajo y su prosperidad; todavía conservan el habla y muchas costumbres de sus abuelos.

---



## CAPÍTULO V

---

### LOS PERUANOS.

---

En la época de Atahualpa, el Perú ó Tavantinsuyu (*Cuatro partes del mundo*), como lo llamaban sus naturales, comprendía los actuales territorios del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, por la parte occidental; pero ignórase hasta dónde se dilataba por el E. Ya formando una sola barrera, ya dos y aún tres, se levantan allí los portentosos Andes con sus nieves eternas y picos volcánicos tan sublimes como el Chimborazo, el Antisana, el Cotopaxi, el Sahama <sup>(1)</sup> Abundan el oro, la plata, el hierro, el cobre, el imán, la sal, las piedras preciosas, el guano, el nitrato de sosa; entre las producciones vegetales figuran la quina, la coca, el maíz, el cacao, el algodón, el plátano, el tabaco, maderas valiosas. Hay distritos donde nunca llueve, defecto compensado por copioso rocío. Valles feraces y de temperatura deliciosa embellecen región tan notable, devastada á veces por terremotos de inaudita violencia. La alpaca y la vicuña proporcionan finísima lana, así como hermosa piel de abrigo la chinchilla.

Muchos pueblos diferentes, divididos en tribus, formaron el vasto imperio peruano, descollando la raza inca, establecida en la región montañosa central, juntamente con los canas, los quíchuas, los muy belicosos chancas, los huancas, los rucanas. En la cuenca del lago Titicaca vivían los aymaras (antes collas); en su parte meridional, la tribu salvaje urus. Hacia el N. de la encumbrada meseta de Pasco, donde abunda la plata, residían los conchucos, huamachucos, ayahuecas y otras tribus guerreras, que hablaban un idioma llamado chinchaysuyu por los incas. En la costa peruana existieron los changos, cuya estatura no pasaba de cinco piés y que eran hospitalarios, ama-

---

(1) Hoy en Bolivia.

bles. Dedicábanse á la pesca en botes de piel de foca, material que también usaban para construirse chozas. Dormían sobre montones de algas secas. Los reemplazó raza distinta, dividida en fracciones independientes, cada una con su jefe, las cuales se fijaron en valles: la principal en los de Pativilca, Huarney, Santa, Viru y Moche, donde hoy está Trujillo, ciudad de 15.000 habitantes, en cuyas inmediaciones se han encontrado ruinas de extensos palacios y muy grandes tesoros. Ese pueblo, llamado yunca por los incas y que ha desaparecido, no dejaba sin cultivo ningún pedazo de terreno á propósito y tenía buen sistema de regadío.

Ciclópeos restos de edificios, que probablemente no llegaron á terminarse, mueven la mente y la fantasía en Tiahuanaco, cerca de la orilla meridional del Titicaca, en Huaraz, Cuzco, Ollantay-tambo, Huiñaque. Se opina que pertenecieron tales obras á los aymaras. «Otras cosas ay mas que decir deste Tiaguanaco—afirma Cieza de León—que passo por no detenerme: concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la mas antigua de todo el Perú. Y assi se tiene que antes que los Ingas reinasen con muchos tiempos estavan hechos algunos edificios destes: porque yo he oydo afirmar á indios que los Ingas hizieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla ó pared que se vee en este pueblo.»

Una fabulosa tradición atribuía á los dos hermanos y esposos Manco Capac y Mama Oello, hijos del sol, el origen de la civilización peruana, todavía ignorado; otra á hombres blancos y barbudos, como el famoso dios Quetzalcoatl de los mejicanos. Nada positivo se sabe antes del siglo xv de nuestra era. Al morir en 1527 el Inca Huayna Capac, dilatábase su monarquía desde el río Ancasmayu, al N. de Quito, hasta el Maule, en el S. de Chile, ó sea un territorio como de Lisboa al Volga, en el cual había muchos distritos débilmente sujetos y otros independientes. Una parte del país era un arenoso desierto; inhabitable lo más alto, á causa del frío. El mayor imperio que floreció en la América de los indios se formó lentamente por medio de mañosa política y las armas. Ni con mucho llegaron á tanto los aztecas, no obstante poseer mayor aptitud guerrera. Con acierto dice un escritor<sup>(1)</sup> que, para gobernar tal estado, se requerían fuerza militar eficaz, rápidos medios de comunicación, crecidas rentas, una magistratura capaz de entender y ejecutar los planes imperiales, habilidad política para acomodar las instituciones á las necesidades, á las costumbres y

---

(1) Véase la *Enciclopedia Británica*, artículo *América*.

al carácter de pueblos diferentes. La religión era el alma de la nación peruana; el gobierno, una verdadera teocracia. <sup>(1)</sup>

Cuzco, la capital, situada en alto valle de salubre y benigno clima, tenía calles largas y estrechas, casas de piedra para los nobles, chozas de cañas y barro para el pueblo, espaciosas plazas; Cuzco, donde se levantaba el gran templo del sol, sin contar muchos, inferiores, y donde, según Ondegardo, toda fuente, paso ó pared encerraban misterios religiosos, era ciudad sacra, obligado motivo de peregrinaciones. La defendían murallas de 1.200 piés de extensión y tres torres aisladas, con subterráneas galerías, todo construído con piedras, ya grandes, ya pequeñas, sin pulir, excepto en los cantos, y admirablemente encajadas unas en otras. Había piedras de 38 piés de largo, 18 de ancho y seis de grueso: no se concibe cómo sin las acémilas ni otros recursos europeos pudieron ser trasportadas. Dichas fortificaciones formaban parte de un sistema que abarcaba todo el país.

El soberano del Perú era la encarnación del Estado, el jefe del sacerdocio, como representante del sol. Hasta los más encumbrados personajes se le presentaban descalzos y con una ligera carga al hombro, en demostración de inferioridad. Vestía un traje de finísima lana de vicuña, de brillantes colores, adornado con oro y pedrería; ostentaba en su frente una venda con rojas borlas y dos plumas del ave coraquenque, muy escasa: rodeaba su cabeza un listón de oro, de muchas vueltas. <sup>(2)</sup> En el horadado cartílago de la oreja llevaba un aro de aquel metal, *semejante á una gran rosca de naranja*, aro que también servía de distintivo á los individuos de una orden honorífica, reservada á las personas de regia stirpe.

Para pertenecer á ella se requería sufrir, á la edad de 16 años, un examen en ejercicios militares, así como atléticos, durante 30 días. Los aspirantes dormían en el suelo, andaban descalzos y vestían pobremente para que aprendiesen compasión á los infelices; vencedores en las pruebas, ceñíanse una faja en señal de virilidad; el Inca les talaraba la oreja para colgar el aro ya mencionado; magnates venerables les calzaban sandalias; con emblemáticas flores se ataviaba su cabeza. Después, en una plaza, había cantos, bailes y otros pasatiempos.

Tenía, el soberano, harem muy numeroso, y así no es de extrañar

---

(1) Prescott, *Historia de la conquista del Perú*, cap. III del lib. I.º

(2) Según Prescott, un turbante de muchos colores, llamado *llautu*, pero su traductor español afirma, por haberlo visto en Perú y Bolivia, que era lo que he expresado.

que llegase á contar 200 y más hijos. Heredaba la corona el primogénito de los habidos en la *coya* ó esposa legítima, hermana al propio tiempo. Era costumbre inmolar en la tumba del Inca á sus concubinas predilectas y multitud de servidores. Embalsamado el cadáver, colocábase en el templo del sol, en un asiento de oro; se trasportaba en ciertas solemnidades á la plaza pública para que presidiera espléndido banquete.

De tosco exterior, como las fortificaciones; techados de madera ó paja, los palacios imperiales estaban interiormente muy adornados de plata y oro, metales que también lucían en muchos objetos de mesa y cocina, en imitaciones de animales y plantas, puestas en nichos. Tan exquisitas parecieron á los españoles las mantas, que las regalaron al príncipe que reinó con el nombre de Felipe II. En el fresco y bien regado valle de Yucaj, poseía el Inca un sitio donde, aparte de bellísimos jardines naturales, había uno cuyas plantas y flores eran de plata ú oro.

Había dos clases de nobles: los *incas*, emparentados con el monarca, su más seguro apoyo, y, por su inteligencia, superiores al resto de la nación; los *curacas*, caciques de los países conquistados ó descendientes suyos. Todos los empleos de confianza ó provecho, así como las primeras dignidades sacerdotales, se conferían á los incas.—Se dividía el imperio en cuatro grandes gobiernos; la población, en fracciones de 10.000, 1.000, 500, 100, 50, 10 personas, cada una con su jefe especial, quien debía, sin embargo, obediencia al de la superior. Si se escapaba un culpable, individuo de una decena, imponíase al jefe la pena correspondiente al fugitivo.

El código era muy breve: señalaba pena capital, si bien admitiendo en ocasiones circunstancias atenuantes, á la destrucción de un puente, al robo, asesinato, adulterio, á la blasfemia contra el sol, á las maldiciones contra el Inca. En grave castigo incurría quien removía linderos de tierras, alteraba en beneficio propio el regadío común ó incendiaba una casa. Considerada crimen supremo la rebelión contra el soberano, arrasábanse la ciudad ó provincia insurrecta y se exterminaba á sus habitantes. Toda causa debía ser fallada á los cinco días de sometida al tribunal. Inspectores recorrían el imperio para averiguar la conducta de los jueces, rígidamente penados cuando faltaban á sus deberes. Mensualmente los tribunales inferiores daban cuenta de sus actos á los superiores, y éstos de los suyos á los gobernadores de las cuatro grandes divisiones del país.

Todos los terrenos cultivables se distribuían entre el sol, el Inca y

el pueblo. Con los productos de la primera porción se sostenían los sacerdotes y el culto: con los de la segunda el soberano, la aristocracia y las atenciones del Estado. Subdividíase la tercera en tantas partes como plebeyos había. Renovada anualmente la distribución, rebajábase á cada familia el terreno correspondiente á aquel individuo suyo que hubiese fallecido ó aumentábase en caso de algún nacimiento. El pueblo cultivaba todas las tierras: primeramente las del sol, después las de las viudas, huérfanos, enfermos, soldados en activo servicio, ancianos; luego las propias, y por último, al son de cantares, las del Inca. <sup>(1)</sup> Exclusivo dueño éste de cuanto algodón y lana producía el país, repartíalos en convenientes cantidades á las niñas y mujeres para que, según se prescribiera y bajo la inspección de ciertos empleados, los hilaran, tejieran y trocaran en la ropa necesaria á cada familia, no menos que á la corte. Para ésta y los templos solamente, hacían objetos de lujo los artífices con materiales de la Corona, única propietaria de cuanto en el país existía. Á fin de tener tiempo para las tareas propias, turnábase en las destinadas al Gobierno, quien mantenía al obrero mientras le ocupaba. Los oficios eran hereditarios; jamás podía salir de una holgada pobreza el plebeyo ni caer en la miseria, pues el Estado velaba por él pródidamente; no se conocían ni la moneda ni la mendicidad. «Los primeros españoles que visitaron el país—dice Prescott,—aseguran categóricamente que ningún gobierno podía ser más acomodado á la índole del pueblo y que ningún pueblo podía parecer más satisfecho con su suerte ni más amante de su gobierno.»<sup>(2)</sup>

No había comercio exterior. Gozaba de sumo prestigio la agricultura, más adelantada que en cualquiera otra nación americana, y en testimonio de ello, anualmente se verificaba la solemne ceremonia de abrir el Inca la tierra con un instrumento de oro, equivalente al arado. Cuidábase mucho del regadío, multiplicando acequias, haciendo acueductos, como el de Condesuyu, que tenía sobre 500 millas de largo y rodeaba montañas, atravesaba ríos y pantanos, taladraba peñas. Aún existe cerca de Caxamarca una galería de desagüe, excavada en montes, para dar salida á un lago que, en épocas lluviosas, podría desbordarse. Con una serie de terrazas, decrecientes hacia la cumbre, precaviáse el descarnamiento de fértiles colinas muy pendientes. Se aprovechaban cimas pedregosas, dotándolas de tierra vegetal;

---

(1) Por medio de pregón se anunciaba en pueblos y aldeas dónde y en qué se trabajaría al siguiente día.

(2) Obra citada, lib. 1.º, cap. 11.

en valles que parecían áridos, se abrían inmensos hoyos hasta la profundidad de 15 ó 20 piés, buscando una capa de humus, que, descubierta, abonábase con cierta especie de sardina y servía para cultivar granos ó legumbres. Se recurría mucho á los abonos, particularmente al guano y con pena de muerte se castigaba el matar alguno de los pájaros que lo producían. Se araba con una estaca fuerte y aguda, horizontalmente atravesada, hacia su extremo inferior, por una pieza, donde apoyaba su pié el labrador. Seis ú ocho hombres impulsaban simultáneamente el instrumento; detrás iban mujeres, rompiendo terrones.

De preferencia se cultivaban las plantas alimenticias, plátano, yuca, patata, *quinua*, cereal parecido al arroz, maíz, que, además de sustento, proporcionaba miel. Sembrábanse también maguey, tabaco, reducido á suministrar, para medicamento, su polvo, la coca, de hojas tan eficaces para hacer olvidar cansancio y hambre, cuando se mastican con un poco de cal. Tres veces al mes había ferias, donde se verificaban trueques de productos agrícolas. Poseía el Inca numerosísimos rebaños de llamas y alpacas, admirablemente cuidados. Se aprovechaba el llama como acémila y por su lana. Igualmente se utilizaban los huanacos y vicuñas que vagaban libres por las cumbres de los Andes, sin que fuera lícita su caza.

Principalmente para fines militares se construyeron notables caminos,<sup>(1)</sup> como el de Quito á Cuzco y el de esta ciudad á Chile: unas 2.000 millas medía el primero y atravesaba nevados montes, ríos, abismos. Había postes miliarios, puentes colgantes, posadas ó *tambos*; árboles y arbustos sombreaban y embellecían las carreteras, cuidadas con esmero. Á cada cinco millas había para la pronta transmisión de comunicaciones oficiales ú objetos para la corte, puestos de *chasquis* ó correos. Con balsas provistas de velas se cruzaban los ríos anchos.

La arquitectura peruana se caracterizaba por sencilla, sólida, simétrica y uniforme. Solía construirse con grandes ladrillos, hechos de viscoso barro y yerbas correosas, pórfido ó granito. Los más de los edificios no pasaban de un piso ni de 14 piés de altura; las habitaciones, sin comunicación mutua ni ventanas, daban todas á un patio; las puertas semejaban á las egipcias; sujetábanse las vigas con cuerdas de maguey. Labrábanse con perfección las piedras.

---

(1) The ancient public roads of Peru are justly, considered as striking monuments of the political genius of the government. *Enciclopedia Británica*, t. I, pág. 697.

No se conocía el uso del hierro, abundante en el país; los utensilios se hacían de piedra; con más frecuencia de cobre; para los trabajos más difíciles, de aquel metal y estaño. Con mucha habilidad, mostrada especialmente en los pormenores, se manejaban las piedras y metales preciosos, según atestiguan joyas adornadas con turquesas y esmeraldas, vasijas de oro ó plata, espejos y exactas balanzas de esta materia, encontradas en los sepulcros incas. La cerámica estaba adelantada.

Los peruanos creían en Pachacamac ó Viracocha, ser supremo, creador del universo, cuyo templo único, visitado por peregrinos mil, situado en un valle próximo á la actual ciudad de Lima, parece anterior á la dominación inca en aquella comarca. La deidad predilecta era el sol, cuya imagen, esto es, un rostro humano despidiendo infinidad de rayos, estaba esculpida en enorme y gruesa plancha de oro, tachonada de pedrería, en el templo principal de Cuzco y recibía por la mañana la luz del astro. Brillaba el regio metal en los techos, en las cornisas y paredes interiores, en el friso externo. En la capilla de la luna, su representación y todos los adornos eran de plata; en otras, se adoraban las estrellas, el planeta Venus, el arco iris, el relámpago, el trueno. De plata ú oro eran los vasos, fuentes, incensarios, caños del agua, etc., lo mismo que las imitaciones del llama y de plantas y flores, que figuraban en los jardines naturales anexos, al templo. En doce grandes vasijas de plata poníase el maíz destinado al alimento del sol. En algunas provincias había templos muy suntuosos; pero allí como en Cuzco, estaban techados de paja. Los peruanos admitían los dioses de los países conquistados. Consistían las ofrendas en granos, flores, gomas fragantes, animales; contadas veces inmolábase un niño, una virgen hermosa.

Tan sólo inferior al Inca, hermano ó próximo pariente suyo, nombrado por él, era el Villac Umu, jefe del numeroso orden sacerdotal. No usaba éste un traje especial. Había unas como vestales, llamadas *Virgenes del sol*, dirigidas por ancianas y cuyo principal deber consistía en cuidar el fuego obtenido por medio de un espejo ustorio, en la solemne festividad del Raymi, en el solsticio de verano. En la casa de Cuzco había 1.500, todas de linaje imperial; destinábanse las más bellas al harem del Inca.

En un día señalado todos los hombres de 24 años y las mujeres de 18 ó 20 debían casarse, no pudiendo elegir consorte fuera de su distrito. Consistía la ceremonia nupcial en una simple unión de manos, verificada por el Inca en la capital; por los curacas, en provincias; Á

cada pareja recién casada construía vivienda su distrito y se entregaban los terrenos de cultivo correspondientes. La monogamia era exclusiva de los plebeyos, así como del soberano, el enlace con su hermana.

La juventud imperial y la noble monopolizaban las lecciones de los *amautas*, ó sabios, quienes enseñaban el idioma patrio ó quíchua, el más rico y hermoso de la América Meridional,<sup>(1)</sup> aritmética, leyes, administración, el complicado ritual, historia, el uso de los *quipos*, cuerdas de unos dos piés de largo, tejidas con hilos de colores simbólicos y de las cuales pendían franjas de hilos más cortos, con nudos, á trechos. Servían particularmente para cuentas; con su auxilio se conservaban los datos del catastro y los del censo de población, guardados en archivos. Con los *quipos* y la relación oral se perpetuaban los recuerdos históricos. En estos solían inspirarse los *haravets* ó poetas, quienes destinaban á la corte sus cantos. Hubo comedias y tragedias, más ó menos embrionarias; mapas de relieve. Dividíase el año en doce meses lunares y éstos en semanas, cuyo número de días se ignora. Entre los aztecas, estaban más adelantadas la astronomía y la disposición del calendario.

Se ha calculado que podía Atahualpa disponer de 200.000 combatientes, sujetos á estricta disciplina y á dos ó tres ejercicios mensuales. Había en el ejército divisiones equivalentes á las de batallones y compañías. Las armas eran flechas y lanzas con punta de cobre ó hueso, dardos, una especie de espada corta, hacha, hondas, muy diestramente manejadas. Servían á la defensa un escudo y una cota de algodón, acolchada. Los jefes llevaban cascos de madera ó piel, adornados, á veces, con plumas, metales preciosos, pedrería; los soldados, una especie de turbante. En la bandera imperial estaba representado un arco iris. Vastos almacenes aseguraban al ejército armas, víveres y otros recursos. Imponíase pena de muerte al soldado que dañase las propiedades situadas en su tránsito; no se permitían tampoco superfluas violencias contra el enemigo ó su hacienda.

Conquistado un país, se llevaban sus ídolos á los templos de Cuzco, donde se recibían como divinidades secundarias y tal vez rehenes, y se introducía el culto del sol. Procedíase á repartir las tierras según el sistema peruano; obligábase á los caciques y sus familias á perma-

---

(1) Unos 450 se hablaban en el Nuevo Mundo. En el quíchua faltan voces para lo abstracto y universal, como el *tiempo*, el *espacio*, la *libertad*. Cuenta cinco dialectos.

necer en la corte algún tiempo para que aprendiesen el idioma de los vencedores, adquiriesen sus costumbres y, viéndose halagados, cobraran afición al nuevo orden de cosas. Además se enviaban al nuevo territorio muchos maestros de quíchua y con brillantes promesas, con ventajosos destinos, se fomentaba su adquisición. Cuando los conquistados mostraban tenaz renuencia al yugo de los Incas, éstos hacían cambiar de país á millares, sustituyéndolos con igual número de súbditos suyos; pero suavizábase la medida, procurando que los desterrados encontrasen clima, suelo, manera de trabajar, análogos á los de su patria.

¿Cómo Pizarro y su escasa gente lograron avasallar un imperio bien organizado, inmenso, poderoso, cuyos guerreros sabían pelear esforzadamente, según acreditaron en la sublevacion del Inca Manco, poniendo en sumo aprieto á los españoles? Privado de toda vida intelectual, de iniciativa, de voluntad, el pueblo peruano, reducido á la condición de sumisa, inerte grey; concentrada, por decirlo así, la existencia nacional en el soberano, la imprevista prisión de éste en la sangrienta emboscada de Cajamarca fué como quitar al Estado su corazón, su cerebro; como apagar el sol, hundiéndolo todo en tinieblas, confusión y muerte.

